
HEROES ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
LA MONTAÑA ESTELAR
A. THORKENT

PRÓLOGO

Comienza el tomo 20 de la edición de *Robel* con esta novela, publicada originalmente con el número 181 de la colección *Héroes del Espacio,* en la cual se continúa la narración de las dos anteriores, a cuyas respectivas tramas prolonga a la vez que unifica en una sola... algo insólito dadas las circunstancias, por cierto. En cualquier caso, el hallazgo narrativo de la titánica astronave de Ruskana bien merecía ser convenientemente aprovechado por **Ángel Torres...** y lo hizo.

Pese a sus halagüeñas perspectivas de hacer negocio, al capitán **Lorenzo** no le han ido bien las cosas en Xastor. Dicho llanamente, han sido engañados por los gobernantes del planeta y su flamante permiso comercial se ha convertido en papel mojado. Así pues, de vuelta a terreno conocido con su destartalado carguero se encuentran más pobres que las ratas... para variar. Por si fueran pocas sus desgracias, la mitad de su tripulación le ha abandonado; y si bien no se puede decir que eche precisamente de menos al excéntrico **Damocles** (**Hunt** en la edición de Bruguera)**,** no ocurre lo mismo con **Sara,** su antigua amante, que ha retornado a Khrisdall dejándole sin más compañía que el borrachín *Medio Litro...* lo cual, evidentemente, no es lo mismo.

Mientras rumia su desgracia, a **Lorenzo** le llegan noticias de que el *Polifemo,* el carguero de su amigo **Hunt Logan,** ha sido dado por perdido, y de que el único tripulante del mismo del que se tienen noticias, **Ordo,** se encuentra internado en un hospital del planeta Prima-Dos. Deseoso de tener noticias de **Logan,** y desoyendo las airadas protestas del cascarrabias *Medio Litro,* que sólo desea volver a su base de Altear, **Lorenzo** hace una visita al hospital donde meses atrás fuera internado **Ordo** víctima de graves heridas... para recibir la noticia de que ya había sido dado de alta del centro hospitalario, para ser recluido en una clínica mental debido, al parecer, a la existencia de secuelas psíquicas.

Lorenzo no se arredra y se encamina al manicomio, donde al fin puede reunirse con **Ordo;** pero para su sorpresa, el antiguo astronauta no sólo no muestra síntomas de desvarío mental, sino que afirma estar allí recluido, en contra de su voluntad, debido a que las autoridades de Prima-Dos desean arrancarle el secreto de su viaje a Ruskana, algo que hasta el momento ha conseguido evitar, aunque no sabe durante cuanto tiempo podrá seguir resistiendo. **Ordo** pide a **Lorenzo** que le ayude a escapar de allí y que con el *Bravo* intenten llegar a Ruskana atravesando el agujero negro. Según sus fragmentarios recuerdos el *Polifemo* quedó destruido durante la peligrosa travesía de vuelta, e ignora si el resto de sus ocupantes pudieron salvar la vida, pero en cualquier caso la enigmática astronave que descubrieran en el planeta es un imán lo suficientemente poderoso como para intentarlo.

Pero ¿cómo? **Ordo** está vigilado constantemente, y las autoridades hospitalarias han espiado la conversación. **Lorenzo** finge rechazar la petición del recluso y, tras abandonar el hospital, vuelve sobre sus pasos penetrando subrepticiamente en el edificio por las alcantarillas, tras haber mandado aviso a la Cofradía de Navegantes para que acudan en su ayuda. Logra rescatar a **Ordo** y huir de su prisión, siendo transportados al astropuerto por un vehículo enviado por la Cofradía, la cual siempre vela por el interés de sus asociados.

Finalmente se refugian en el *Bravo,* pero ahora el problema consiste en abandonar el planeta, ya que la dirección del hospital ha dado aviso a las autoridades portuarias y éstas intentan impedir el despegue, temerosos de que **Ordo** y su secreto se les escapen de las manos. Una afortunada intervención postrera de la Cofradía desbarata sus planes, y el capitán **Lorenzo** y sus compañeros —*Medio Litro,* **Ordo** y **Mary,** una joven astronauta que se les ha unido a última hora— se ven libres en el espacio. **Ordo** les ha puesto al corriente de la situación, revelándoles el descubrimiento de la inmensa astronave y las peripecias que vivieron hasta hacerse con el control de la misma. No obstante, al no atreverse el capitán **Logan** a hacerla por sus propios medios, había decidido volver a la civilización en el *Polifemo* dejando para más adelante el intento, habiendo ocurrido la catástrofe durante el viaje de vuelta. Así pues, se encaminan a Ruskana.

El trayecto a través del peligroso agujero negro es realizado sin problemas, y el *Bravo* logra llegar sano y salvo a su destino. Pero las tribulaciones de sus tripulantes no han hecho más que empezar. El carguero aterriza en la base de la ladera, cerca del asentamiento de las aldeas ulikas aliadas con los humanos, descubriendo consternados que éstas han sido destruidas y sus habitantes masacrados... y no con las toscas armas de los buragos, sino con modernas pistolas láser. Preocupados por lo que pudiera haber ocurrido durante su ausencia, remontan la ladera con sus vehículos voladores —lo que les evita la penosa caminata de sus antecesores— y llegan sin percances a la meseta superior, aunque para su desesperación contemplan

inermes cómo una explosión de origen desconocido convierte en pavesas el *Bravo,* dejándoles a merced de que puedan hacer despegar a la astronave para poder regresar a casa; de no ser así, se verán obligados a consumir sus días en Ruskana.

Finalmente llegan al lugar donde a **Logan** y a sus compañeros les recibieran los taciturnos mustes... encontrándose con nuevos signos de destrucción a la par que con numerosos cadáveres de esta raza. ¿Quién es el enemigo que se agazapa en las sombras? Finalmente lo sabrán gracias a un muste superviviente, de nombre **Oobreke,** que se encarga de desvelarles las incógnitas al tiempo que les advierte de lo delicado de su situación. Al parecer la nave, bautizada por los protagonistas con el nombre mítico de*Cíclope,* es una especie de zoológico reunido con extraños e incomprensibles fines por los constructores de la *Cíclope,* y en sus entrañas se almacenan miles y miles de especimenes hibernados de multitud de razas galácticas, de las cuales los habitantes de Ruskana —ulikas, buragos, pasivos y mustes—, ninguno de los cuales es oriundo del planeta, son tal sólo una pequeña muestra.

Según **Oobreke** uno de los integrantes de la anterior expedición —luego se sabrá que habría sido el propio **Ordo** —, en el transcurso de una de las expediciones, había arribado de forma accidental al centro de control desde el que se vigilaban las cámaras de hibernación y, al toquetear imprudentemente los mandos, había provocado sin saberlo la reanimación de varios centenares de especímenes pertenecientes a una raza desconocida, la de los nmengroes, dotados de una ferocidad brutal e insuflados de una agresividad tal que les impelía a asesinar a cualquier desgraciado ser que se interpusiera en su camino.

Los miembros de la expedición de **Logan** jamás llegarían a conocer las consecuencias de la imprudencia cometida por **Ordo,** pero los mustes y el resto de los habitantes de Ruskana sí, para desgracia suya, ya que los nmengroes son los responsables de las crueles matanzas que tanto sobresaltaran a los protagonistas. Tal es el resentimiento de los otrora pacíficos mustes que, venciendo todos sus condicionantes antiviolencia insuflados por sus creadores, habían sido los responsables, en palabras de **Oobreke,** de la destrucción del *Polifemo,* en venganza por el mal causado.

Pero la amenaza sigue latente. **Oobreke** solicita a **Ordo,** con la promesa de olvidar los rencores, que le ayude a rescatar a un puñado de congéneres suyos cautivos de los nmengroes, los cuales acostumbran a torturarlos cruelmente antes de asesinarlos intentando forzarles a revivir al resto de sus compañeros, que en número de varios miles —entre ellos todas las hembras— continúan hibernados. Pero al parecer **Oobreke** es el único muste superviviente capaz de hacerlo, razón por la que los desgraciados prisioneros están condenados a muerte. **Ordo** acepta y ambos se internan en las entrañas de la *Cíclope* seguidos por el desconfiado **Lorenzo,** que tiene ocasión de descubrir aterrado cómo en un recinto con ciertas similitudes con un antiguo anfiteatro romano las hordas nmengroes asisten enfervorecidas a la tortura y

asesinato de varios desgraciados mustes.

Nada puede hacer **Lorenzo** frente a tal cantidad de enemigos, y cualquier intento de luchar con ellos se vería condenado forzosamente al fracaso con la más que probable pérdida de su propia vida; así pues, impotente, decide escabullirse por donde había venido, dándose de boca con **Ordo** y un grupo de mustes que le acompañan: **Oobreke** y varios prisioneros que, en un descuido de los nmengroes, han conseguido rescatar sanos y salvos, aunque terriblemente asustados.

Ordo recrimina a **Lorenzo** el abandono del campamento dejando solos a **Mary** y *Medio Litro,* y ciertamente no le falta razón, ya que han conseguido averiguar que los nmengroes han mandando un destacamento armado a la meseta exterior con objeto de capturar a los invasores. Retornan al campamento lo más rápido que pueden, descubriendo que sus enemigos se les han adelantado y se encuentran luchando encarnizadamente contra los defensores; la oportuna llegada de **Ordo** y **Lorenzo** desbarata el ataque y pone en fuga a los atacantes, pero la peor noticia que pudieran recibir les golpea como un mazazo: **Mary** ha sido hecha prisionera y arrastrada por sus captores en calidad de rehén. Y aunque por el momento su vida no corre peligro, ya que los nmengroes han propuesto un pacto a los humanos —la vida de **Mary** a cambio de la revitalización de sus compañeros—, la situación no deja de ser comprometida ya que los mustes, aliados circunstanciales de **Lorenzo** y sus compañeros, lógicamente no están por la labor, ya que ellos serían los principales perjudicados por esta transacción.

Claro está que traman un plan, que pasa por aplastar a la horda enemiga —en realidad, según descubren, el citado anfiteatro no es sino una prensa descomunal— mientras los distraen. Así pues, **Oobreke** se queda en el puesto de mando mientras **Lorenzo** y **Ordo,** tras fingir que aceptan el trato, descienden a las entrañas de la *Cíclope.* Una vez en la guarida de los nmengroes, los cuales se muestran irritados por la ausencia del muste, **Oobreke** proyecta un holograma en el cual se puede apreciar el despegue de la descomunal nave, lo que provoca un momentáneo desconcierto de sus enemigos aprovechado por los dos humanos para rescatar a la prisionera. Pero la maniobra de despiste dura poco y, para desgracia suya, la prensa no desciende con la velocidad requerida, lo que impide la aniquilación de los feroces nmengroes. Perseguidos sañudamente por éstos, los tres protagonistas se las ven y se las desean para poner tierra por medio, pero encaminados por el flemático muste consiguen arribar a la sala de control antes que sus perseguidores, reuniéndose con el aterrorizado *Medio Litro.*

En cuanto a **Oobreke,** éste demuestra contar con sus propios planes; tras contener a los furibundos nmengroes, que retornan dócilmente a sus cubiles para sorpresa de los humanos —luego sabrán que el muste los ha amenazado con revivir a los miembros de otra raza enemigos mortales suyos, y al parecer muy temidos por éstos—, comunica a sus aliados que ha logrado poner la nave en funcionamiento y que, tras rescatar a sus congéneres supervivientes,

deciden volver al lugar de origen del enigmático vehículo, con objeto de rendir cuentas a sus creadores.

Eso sí, los humanos no viajarán con ellos sino que, a bordo de una nave auxiliar de tecnología similar a la destruida *Bravo,* podrán retornar a su destino atravesando de nuevo el agujero negro, eso sí con las manos vacías. Son muchas las preguntas que los protagonistas hacen al muste, pero éste no se digna siquiera a contestarlas salvo para admitir que la *Cíclope* contiene aún infinidad de misterios cuya existencia ni tan siquiera han llegado a sospechar.

Ambas naves se separan y poco después la imponente mole de la *Cíclope* desaparece de su vista, mientras los cuatro humanos retornan tal como habían venido.

En mi opinión personal, el argumento de esta novela era demasiado ambicioso como para poder encorsetarlo en un *bolsilibro,* máxime teniendo en cuenta la infinidad de trabas que los responsables de*Bruguera* acostumbraban a ponerle a su autor. Y es una lástima, puesto que el tema pudiera haber dado mucho más de sí en un marco más adecuado para la fértil imaginación de **Ángel Torres.**

Eso sí, yo he creído entrever en esta novela lo que pudiera ser el embrión de ciertas ideas que el escritor gaditano utilizó años después en su *Trilogía de las Islas,* algo que él me ha asegurado que no fue en modo alguno premeditado —no tengo el menor motivo para suponer lo contrario— pero que, quizá, pudiera hacer de forma inconsciente.

José Carlos Canalda en http://www.ciencia-ficcion.com/

CAPÍTULO PRIMERO

Lorenzo se levantó cuando el hombre se aproximó a su mesa. En seguida adivinó que se trataba del que esperaba. Se lo habían descrito bastante bien. Era delgado como una espada y caminaba muy encorvado, poseía un tic nervioso en la mejilla derecha que le hacía cerrar y abrir continuamente el ojo del mismo lado.

El capitán Lorenzo le tendió una mano y le preguntó al mismo tiempo:

-¿Staporo?

El otro le apretó la mano y Lorenzo tuvo que hacer un esfuerzo para no retirarla en seguida, al notar la humedad de la piel suave, casi femenina. Venció su repugnancia y trató de sonreír.

-Siéntese. ¿Qué quiere beber?

El hombre llamado Staporo alzó un brazo y requirió la presencia de una camarera, a quien pidió un brebaje que Lorenzo no sería capaz de oler siquiera.

-Le imaginaba más viejo, capitán Lorenzo -dijo Staporo, con una voz tan ronca y gutural que su interlocutor se la imaginó surgiendo de una caverna.

Lorenzo dejó transcurrir un instante, mientras el hombre bebía de la jarra. Observó la nuez subir y bajar. El líquido parecía caer por una cañería y no por una garganta humana, pensó.

Cuando Staporo dio muestras de haber calmado su sed se secó los labios con la manga y lanzó un suspiro, seguido de un erupto que arrojó al aire un desagradable olor a licor rancio. Lorenzo cerró la boca y volvió ligeramente la cabeza.

-¿Qué quiere de mí, capitán? -preguntó Staporo.

-Un amigo me aseguró que usted puede darme cierta información.

-¿Qué clase de información?

Lorenzo notó que el otro se había puesto en guardia. Sonrió. Tal vez tenía

alguna cuenta pendiente con la justicia de aquel planeta de nombre Prima-Dos, al cual había llegado siguiendo una ligera pista encontrada un año antes.

-Nada que le comprometa, Staporo. ¿Conoció al capitán Hunt Logan?

Staporo tomó de nuevo la jarra y se la llevó hasta los labios, pero no llegó a beber. Por encima de ella miró fijamente a Lorenzo.

-De eso fue hace bastante tiempo.

-Lo imagino.

-La verdad es que la memoria me falla mucho, capitán. -Staporo se rascó la nuca y una lluvia de caspa cayó sobre sus hombros-. Estoy enfermo. Antes fui un navegador de primera clase, ¿sabe? Pero enfermé y... Bueno, necesito dinero extra para seguir un tratamiento muy caro.

Lorenzo asintió. Podía adivinar que el tratamiento que Staporo prefería era aquel brebaje, caro por cierto, capaz de tumbar un caballo mutante al primer trago. Pausadamente, sacó de un bolsillo unos discos, que extendió sobre la mesa.

-Cien créditos podrán pagarle su medicina, ¿no?

El hombre dibujó una sonrisa pequeña, pero que le cubrió casi todo el rostro enjuto y macilento. Con manos nerviosas reunió los discos y los hizo desaparecer dentro de un bolsillo interior de su sucia chaqueta.

-Hace años serví en el Polifemo. No estuve mucho tiempo.

-¿Cuánto tiempo estuvo?

-Oh, apenas unos tres meses.

-¿Por qué dejó ese trabajo?

-Diferencias con el socio de Logan.

Lorenzo prefirió no insistir en saber qué clase de diferencias fueron aquéllas. Pidió a Staporo que siguiera.

-Pese a todo, no guardo rencor a Ordo -añadió Staporo suspirando-. Es cierto, capitán Lorenzo. Incluso fui a verle cuando me enteré...

Lorenzo le agarró de un brazo. Súbitamente se había puesto tenso, algo pálido.

-¿Dónde está Ordo?

-¿Eh? Pues aquí, en esta ciudad. Estaba muy grave y yo me gasté unos créditos en llevarle algo de tabaco. Siempre fumó mucho, le gustaba ese vicio tan repugnante.

-¿Cuándo le vio por última vez y dónde?

Staporo entornó los ojos.

-Hace unos cinco meses. Ese montón de músculos y poco cerebro no me reconoció. Me aseguraron los médicos que ya no fumaba y tuve que llevarme el tabaco y venderlo. Le aseguro que perdí dinero.

-¿No pudo hablar con Ordo?

-Nada. El no me respondía. Tenía la mirada perdida en el techo de la habitación del hospital de los navegadores, al norte de la ciudad. La asociación le pagaba los gastos, según creo.

-¿Qué le pasó a Ordo para encontrarse así?

-Quise saberlo, pero en el hospital me dieron muy poca información. Al parecer lo habían encontrado vagando en una cápsula de salvamento, cerca de una estación orbital de este planeta. La cápsula pertenecía al Polifemo.

-¿Y el capitán Logan?

-No lo sé.

Lorenzo se pasó la mano por la cara. Le habían asegurado que el Polifemo, el carguero propiedad de Logan y Ordo, se había dado por perdido desde hacía meses. La llegada de Ordo a Prima-Dos a bordo de una unidad de emergencia parecía confirmarlo.

Aquel tipo no le había dado ninguna pista acerca de Logan, pero al menos ya sabía que Ordo, el socio de éste, se encontraba en el Hospital del Espacio de la ciudad. ¿Pero seguía allí? Staporo se refería a meses atrás, a unos cinco. Quizá demasiado tiempo. Ordo podía haber muerto, y si pudieron curarlo, lo más seguro es que ya no permaneciera en Prima-Dos.

-¿Puede decirme algo más que me interese? -preguntó a Staporo lúgubremente.

El otro se encogió de hombros.

-No. Capitán, me vendría muy bien otro trago.

Lorenzo llamó a la camarera y ordenó otra jarra para Staporo. Pagó las consumiciones y se alejó de la mesa. El hombre delgado no se molestó en decirle adiós, ahora muy ocupado con una nueva dosis de licor, que saboreaba como si fuera néctar de los dioses.

El capitán recorrió la sala del bar y se dirigió hasta la barra, donde un hombre de pequeña estatura daba buena cuenta de una gran jarra de cerveza. Lorenzo pensó que al menos su compañero de vuelos, Medio Litro, era un borracho empedernido pero aficionado a bebidas poco fuertes. ML, como solía llamarlo generalmente, se volvió para mirarle.

-¿Qué tal te ha ido con ese tipo? -preguntó con media sonrisa.

-Bastante mejor de lo que esperaba.

Medio Litro recomendó a su jefe que probase la cerveza de aquel local, calificándola como exquisita.

-Paga y vámonos -pidió Lorenzo.

El viejo se alzó de hombros.

-Olvidé el dinero en nuestra nave, jefe.

Lorenzo arrojó unas monedas y sacó a Medio Litro a la calle, sin hacer caso a las protestas de éste por no haberte dejado acabar con la cerveza que aún contenía la jarra.

-¿A qué vienen estas prisas?

-Tenemos que ir al Hospital del Espacio ahora mismo.

El viejo oteó el cielo del atardecer por encima de los edificios de la ciudad.

-Pronto anochecerá. Esta ciudad de mierda de este planeta de miseria no es segura al oscurecer. Regresemos al astropuerto, jefe.

-Hemos estado en peores sitios que éste. ¿A qué se debe ahora tu deseo

repentino de volver al astropuerto?

-En la nave estaremos seguros, jefe.

-Medio Litro, estás maquinando algo. ¿De qué se trata?

El viejo se plantó desafiante en medio de la calle. Con los brazos en jarra dijo a Lorenzo:

-Pues sencillamente de que cada día de estancia del Bravo en ese sucio astropuerto nos cuesta un riñón. ¿No soltamos la carga anteayer? ¿Qué esperamos? En Altear, nuestro querido y hermoso mundo, nos aguarda otro trabajo, que nos permitirá liquidar otro poquito de las muchas deudas que nos atosigan.

Lorenzo bizqueó un poco. El razonamiento del viejo era válido y no podía rechazarlo. Por un momento, Medio Litro parecía sensato, no el borrachín impenitente, preocupado sólo por engullir grandes dosis de cerveza, vino o brandy. Le estaba hablando como él lo hubiera hecho.

Un poco rojo de vergüenza, Lorenzo agachó la mirada y respondió:

-Iremos esta noche al hospital y te prometo que mañana nos marcharemos de Prima-Dos.

-¿Pase lo que pase?

-¿Qué quieres decir?

-Estoy temiendo que si en el hospital te embaucan... No sé, pero nuestras ganancias pueden esfumarse si nos quedamos aquí más tiempo del debido.

-Nos iremos mañana.

Lorenzo hizo la señal y un vehículo de alquiler descendió de los niveles de circulación y se posó junto al borde de la acera.

-Al Hospital del Espacio -dijo entrando en la cabina de los pasajeros.

* * * *

-El oficial Ordo no se encuentra en este centro desde hace... -el médico de guardia se apartó de la mesa y, después de tabular en un ordenador y leer los datos de la pantalla, añadió-: Desde hace dos meses. Físicamente se hallaba bien y fue dado de alta.

Lorenzo se inclinó sobre la mesa y preguntó ansiosamente:

-¿Físicamente? ¿Es que le quedaban más secuelas?

-Sí, desde luego. Su mente continuaba sin regir con lógica y el equipo que le atendió recomendó su ingreso en una residencia adecuada.

-¿Un manicomio? -silbó Lorenzo.

-Yo no lo llamaría así -sonrió el médico-. El oficial Ordo recibe un tratamiento y, al parecer, se restablecerá totalmente dentro de poco tiempo.

-Tengo que verlo.

El médico sacó de una máquina una tarjeta, que entregó a Lorenzo.

-Tenga. Esta es la dirección del centro residencial. Le permitirán ver al oficial Ordo si así lo estiman conveniente sus responsables.

Lorenzo se guardó la tarjeta, después de comprobar que la residencia

estaba ubicada en las afueras de la ciudad, precisamente en el otro extremo.

-¿Qué le ocurrió? --preguntó.

Sintió en su nuca la respiración alterada de ML. El viejo debía estar temiendo que iban a permanecer en Pruna-Dos otro día más.

El médico hizo un ademán vago, impreciso.

-Evidentemente, el oficial Ordo sufrió un accidente a bordo del carguero Polifemo. Salvó la vida milagrosamente. Fue encontrado por una patrulla de salvamento en muy mal estado, tanto mental como físicamente.

-El Polifemo era una nave moderna y muy capacitada -afirmó Lorenzo.

-Mucho mejor que la nuestra -susurró Medio Litro.

Lorenzo no hizo caso al comentario del viejo y prestó atención a la respuesta mesurada del médico.

-El oficial Ordo emitió un informe poco antes de salir de este hospital, a requerimiento de las autoridades. Lamento decirle que yo no tuve acceso a éste. Mi trabajo consistió en sanar al paciente, y creo que lo conseguí en parte. Su restablecimiento síquico no dependía de mí, como comprenderá.

-Sí, claro -asintió Lorenzo-. Iré a la residencia esta misma noche.

-Me temo que no le dejarán entrar a estas horas, capitán. Deberá dejarlo para mañana.

-Mañana tenemos que partir -protestó Medio Litro.

Lorenzo reprimió sus deseos de maldecir al viejo.

-Lo intentaremos de todas formas. -se levantó-. Gracias por todo, doctor.

El médico sonrió y estrechó la mano de Lorenzo. No prestó atención al gesto de Medio Litro, quien también quiso saludarlo. El viejo soltó un gruñido entre dientes y le volvió la espalda.

Fuera del hospital les esperaba el vehículo de alquiler. Lo primero que hizo Medio Litro al subir fue fijarse en los dígitos que marcaban la actual tarifa. Soltó un silbido al verla tan elevada, y se encogió en el asiento al oír a su jefe dar al conductor la dirección de la residencia.

Mientras sobrevolaban la ciudad, Lorenzo dijo a ML, aunque sin molestarse en mirarle:

-No me iré sin averiguar más, ML. Métetelo en la cabeza llena de vapores de alcohol y déjame tranquilo.

-Nos quedaremos en calzoncillos -gruñó el viejo.

-Llevo muchos meses detrás de la pista de Hunt Logan para dejarlo ahora a causa de tu avaricia.

-Los acreedores nos depellejarán vivos.

-Con tu piel no obtendrían ni medio crédito, a no ser que la utilicen como pellejo para vino barato.

-Algo es algo, ¿no?

Lorenzo ocultó la sonrisa que le hubiera gustado echar fuera. Apreciaba demasiado a Medio Litro como para enfadarse de veras con él.

Quince minutos más tarde, el vehículo descendía sobre el aparcamiento situado en la parte superior de un edificio de doce plantas, rodeado de

jardines. Un guardia salió a recibirlos y escuchó en silencio la pretensión de Lorenzo de ver al paciente Ordo.

CAPÍTULO II

La directora del centro había advertido a Lorenzo:

-El estado del paciente Ordo no es todavía satisfactorio. Consiento en que lo vea a causa de su corta estancia en Prima-Dos, capitán Lorenzo; pero le advierto que estaré observándoles, y si percibo alguna agitación en ese hombre, no dudaré en ordenar que la entrevista sea suspendida.

Lorenzo asintió, alegrándose de que Medio Litro no estuviera presente. Le esperaba en una sala de la planta inferior. El viejo hubiera seguido incordiando. Por minutos se comportaba más insolente, tal vez porque llevaba casi una hora sin probar un sorbo de vino. Demasiado tiempo para su organismo.

Le dejaron entrar en una habitación pintada de verde claro. Los muebles eran acogedores. En la cama, Ordo levantó la cabeza cuando entró Lorenzo, y por un momento pensó el capitán que el socio de Hunt Logan fuera a sonreírle. Pero Ordo cambió el gesto y sus facciones se quedaron ligeramente crispadas.

Lorenzo se acercó a la cama, temiendo que la directora, que debía estar observándoles a través de un circuito de televisión, le gritase por medio de un micrófono que saliese de allí inmediatamente.

Mordiéndose los labios, el capitán se inclinó sobre Ordo. Los dos hombres cruzaron una mirada larga, tensa.

-Hola, amigo -dijo en un susurro, con la lejana pretensión de que la directora no le escuchase.

Despacio, Ordo abrió la boca y raspondió:

-Eres... Lorenzo, capitán del Bravo.

Lorenzo sonrió, experimentó una distensión, un alivio enorme y se sentó en el borde de la cama.

-Os he estado buscando. A ti y a Logan.

-Logan -repitió Ordo desviando la mirada de Lorenzo por primera vez.

-¿Dónde está?

-¿Logan?

-Sí.

-El Polifemo no resistió la salida del agujeró, Lorenzo.

-¿Agujero? ¿A qué te refieres? He estado en el hospital y un médico me contó que lo habías pasado muy mal, amigo. Ahora posees un aspecto magnífico. ¿Cuándo sales?

La mirada ausente de Ordo se ensombreció. Lorenzo contempló a aquel hombre fuerte y se apenó al encontrarlo tan flaco. Intentó recordarlo como el gigante que era, lleno de músculos. En cambio, ahora...

Meneó la cabeza y esperó pacientemente la respuesta de Ordo.

-Acepté un trabajo que no le gustó a Hunt, una expedición a través de un agujero negro situado en la zona NN-598. En Ruskana...

-No he oído jamás nada acerca de Ruskana.

-Es lógico. Es un planeta que no viene en ningún mapa estelar.

-El Polifemo...

-Se disgregó, Lorenzo. Quedó destrozado en plena trayectoria hiperespacial. -Ordo daba muestras de querer mantenerse sereno. Lorenzo podía apreciar su gran esfuerzo. Apretaba los labios con rabia-. Quiero salir de aquí.

-Me han dicho que lo harás pronto.

-Hoy mismo. Como más tarde, mañana.

Lorenzo miró a sus espaldas, nervioso. Si la directora les escuchaba podía dar por terminada la visita y él seria invitado a marcharse.

-Cuéntame todo.

Ordo agarró con temblorosa mano el hombro derecho de Lorenzo.

-Soy el único hombre en la galaxia que posee un secreto de incalculable importancia. Nadie lo sabe, a nadie se lo he contado, ni siquiera lo dije en el informe que tuve que entregar a las autoridades de este planeta. -hizo una pausa, se humedeció los labios y añadió con voz muy baja-: Pero ellos sospechan algo y por este motivo no quieren que salga de aquí. Me retienen en contra de mi voluntad, quieren que lo cuente todo.

-Pero... -Lorenzo pensó gue si había algo, y querían saberlo, poseían los medios para hacerle hablar, aun en contra de su voluntad-. Serénate. No disponemos de mucho tiempo. ¿Crees que Hunt Logan ha muerto?

-No estoy seguro, Lorenzo. Es posible que viva. El accidente ocurrió cuando salíamos del agujero. Ya sabes lo que pasa cuando una nave todavía conserva un lazo con el punto de partida y es un trazo de luz para los agentes externos. Nadie ha logrado entender qué demonios sucede, es todo inexplicable pese a los siglos que llevamos usando el hiperespacio como camino más corto a las estrellas. Logan puede estar muerto o vivo, cerca del agujero o al otro lado, en las proximidades de la estrella roja de Ruskana.

-¿Quieres volver allí?

-Es preciso. Tengo que convencerme de que Logan está muerto.

Lorenzo asintió.

-Yo también. Sin embargo, veo difícil poder sacarte de aquí...

Ordo esbozó una sonrisa.

-Ya no puedes volverte atrás.

-¿Qué quieres decir?

-Han debido oírnos. La directora estará redactando un informe para la policía. Mañana estarán aquí y no vacilarán en someterme a la sonda síquica.

-No se atreverán...

-Intentaron hacerme hablar por métodos suaves, pero ahora no vacilarán, puesto que he confesado que soy poseedor de un gran secreto.

-¿Por qué lo has hecho? Yo ignoraba que estuvieras vigilado de manera tan estrecha...

-Lo he hecho a propósito -sonrió Ordo, más fuertemente.

-Eres un demonio.

-¿Me sacarás de aquí?

Lorenzo consultó la hora. Se sentía vigilado y escuchado. Guiñó un ojo mientras respondía:

-No, de ninguna manera. No quiero meterme en líos; perdería mi licencia. Lo siento, amigo. Sólo he venido para ver que estás vivo y pronto pasearás por la calle.

-Eres un cerdo, siempre pensé que lo eras -respondió Ordo fingiendo enfado, pero respondiendo al gesto de complicidad de su amigo-. Vamos, vete de una vez. Dentro de poco cerrarán este edificio a cal y canto y nadie podrá entrar, a no ser que se convierta en una rata.

Lorenzo se levantó y retrocedió de espaldas hasta la puerta.

-Medio Litro te envía saludos. Me espera en la terraza. Mañana nos iremos de Prima-Dos.

-No estaré aquí cuando vuelvas, lo cual celebraré.

-Eres injusto -dijo Lorenzo antes de salir.

En el pasillo vio qué la directora salía de una habitación cercana. Caminó hasta él con gesto preocupado.

-¿Ha quedado satisfecho, señor? -le preguntó.

-¿Acaso no lo ha oído todo?

-Sólo algo. A veces hablaban tan quedamente que me resultaba imposible entenderles.

Lorenzo sonrió. Sabía que la mujer le mentía. Percibía el brillo de sus ojos, tal vez felicitándose por anticipado por poder informar a las autoridades de una novedad que éstas debían estar esperando desde hacía tempo.

-Le acompañaré hasta el aparcamiento -se ofreció la directora.

De nuevo en el vehículo, acompañado de ML, Lorenzo dijo, después de que la directora les escuchara ordenarle al conductor regresar a la ciudad:

-Sólo las ratas pueden entrar en ese edificio, ML.

-¿Estás de broma? -preguntó el viejo.

-Nada de eso.- Ordo ha sido claro al darme la clave. Volveremos y entraremos por las cloacas -llamó la atención del conductor y le dijo que diera la vuelta, ante la mirada asustada de Medio Litro.

-Estás loco -susurró el viejo-. Aunque consigamos sacar de ahí a Ordo, no podremos despegar del astropuerto. Antes de que nos den el permiso tendremos sobre nosotros a la policía local.

-Cuando se den cuenta estaremos muy lejos y no podrán acusarnos de nada porque les será imposible probar que nos hemos llevado a Ordo. Además, ¿se atreverán a confesar que lo han mantenido prisionero? Es la condición de Ordo, en realidad. No está enfermo -arrugó la nariz, no muy convencido de su afirmación, y agregó-: Eso espero.

-Antes de que lleguemos al astropuerto se habrán dado cuenta -insistió el viejo.

-No olvides que la Hermandad estará de nuestra parte.

-¿Se arriesgará por defender a un ex navegante? Ordo no es ahora sino eso, Lorenzo.

El capitán indicó al conductor que descendiera detrás de un pequeño bosque. La residencia no quedaba muy lejos. Después de abonarle el importe del alquiler y añadir una sustanciosa propina, le entregó una nota que escribió rápidamente.

-Busca al líder de la Hermandad de Navegadores en el astropuerto. Si lo haces, él te recompensará.

El conductor sonrió astutamente. Era un hombre mayor, con varias quemaduras en su cara tostada por muchos soles de la galaxia.

-Antes de que perdiera mi pierna derecha fui de los tuyos, capitán. Un navegador jamás olvida a sus compañeros.

Lorenzo sonrió.

-Había adivinado que fuiste de la Hermandad. Gracias.

Antes de elevarse en la oscuridad de la noche, el conductor les deseó suerte.

-Ahora busquemos una entrada a las cloacas -dijo Lorenzo viendo cómo el vehículo desaparecía en dirección al astropuerto.

-¡Mierda! -exclamó el viejo.

-En eso, precisamente, vamos a meternos -rió Lorenzo.

Pese a sus protestas, Medio Litro fue quien localizó el conducto que conducía a las cloacas.

-Tenemos suerte, ML -dijo Lorenzo entrando el primero-. Todavía usan el arcaico sistema para liberarse de los desperdicios.

-No cantes victoria. Tal vez esto sea antiguo y ahora usen los desintegradores sanitarios. Ojalá.

Pero Medio Litro se equivocó y media hora más tarde, después de caminar por los estrechos túneles, chapoteando en los caudales de aguas negras, Lorenzo juró que estaban debajo del edificio principal.

-Mi sentido de la orientación nunca me ha fallado -aseguró.

-Me alegro. Si hubiéramos tenido que servirnos del olfato...

Se encontraban en una ampliación del túnel. Lorenzo apartó a patadas varias ratas y tanteó en el techo, localizó una compuerta de metal y la empujó. Cedió al tercer intento, se asió a los bordes y se impulsó hacia arriba. Saltó a un pasillo escasamente alumbrado y desde allí ayudó al viejo a subir.

-Me veo en la cárcel -gimió ML.

-Cállate de una vez -le susurró su jefe.

-¿Dónde estamos? ¿Lo sabes? Ah, como te falle tu famoso sentido de la orientación...

Lorenzo no las tenía todas consigo mismo. No tuvo más remedio que caminar unos pasos y salir a otro corredor, éste inundado de fuerte luz. En el fondo descubrió una puerta con unos números que le hicieron sonreír.

-Estamos cerca de la habitación de Ordo.

-Siempre dije que la suerte te acompaña en los asuntos que menos dinero pueden dejarnos -gruñó el viejo.

Esperaron un instante, un enfermero pasó frente a ellos y luego se atrevieron a salir al espacio iluminado. Lorenzo fue leyendo los números de las puertas.

Empujó la que recordaba pertenecía al cuarto de Ordo. Dentro estaba todo a oscuras, pero una voz les dijo desde el fondo:

-Habéis tardado más de lo que calculé.

-Hola, Ordo. ¿Cómo sabes que somos nosotros -preguntó Lorenzo tanteando la pared.

-Demonios, no se puede decir que vuestro olor es de rosas.

Ordo encendió la luz y abrazó a Lorenzo.

-Hola, viejo -saludó a Medio Litro-, Recuérdame que te convide hasta que caigas al suelo por no poder beber más.

-Estás buscando tu ruina, muchacho -gorgoneó ML.

-Es cierto -rió Ordo-, Pero dentro de poco dispondremos de tanto dinero que podré permitirme e lujo de oírte decir que no deseas beber más.

-No perdamos el tiempo y salgamos de aquí.

Cruzaron el pasillo y Lorenzo indicó el camino que debían seguir.

-¿Por qué no te largaste tú solo? -preguntó Lorenzo-. Conocías el medio, ¿no?

-No podía perder unos minutos preciosos intentando localizar un colector.

Al doblar la siguiente esquina, una sombra surgió delante de ellos. Ordo iba delante y fue el primero en reaccionar. Lorenzo comprendió en seguida que el gigante conservaba aún buena parte de sus fuerzas. Sin ninguna dificultad, Ordo dominó al enfermero que hacía la ronda nocturna. Le propinó varios puñetazos y siguió castigándolo incluso cuando lo tuvo medio inconsciente en el suelo.

Lorenzo agarró a Ordo y le sujetó los brazos.

-Basta ya -exclamó-. ¿Es que te propones matarlo?

Ordo respiraba mal y logró articular:

-Ese perro se burlaba de mí, me pegaba con su látigo. Debería matarlo, sí.

-No sólo vas a conseguir continuar encerrado, sino que nos comprometerás a nosotros.

-Ha tenido suerte el bastardo -dijo Ordo, relajándose, Lorenzo le soltó-. Te debe a ti la vida, amigo.

-No pienso recordárselo nunca -aseguró Lorenzo- . Vamos, démonos prisa. Aunque la Hermandad estará avisada, no estoy seguro todavía de poder sacarte de Prima-Dos.

Ordo asintió y se dejó empujar por Lorenzo en dirección a la tapadera levantada. El capitán se fijó en la expresión de su amigo y se estremeció. El fulgor de los de Ordo no le gustó. Desde aquel momento empezó a temer que el socio Hunt Logan no estuviese totalmente curado.

Otra vez en el exterior, junto al bosque, sólo tuvieron que esperar unos minutos, hasta que un vehículo con los emblemas de la Hermandad descendió cerca las luces de posición apagadas. Desde la cabina les sonrió. Era la voz de una mujer, que les dijo:

-Bienvenidos. Vamos, subid todos.

En aquel preciso instante sonó la alarma de la residencia. Sólo al llegar al astropuerto, Lorenzo se fijó en la enviada por la Hermandad, y tuvo que reconocer era muy bonita y poseía una linda figura, pese a traje de navegador.

CAPÍTULO III

El líder de la Hermandad de Prima-Dos les esperaba al pie de entrada del Bravo. Lorenzo no lo conocía personalmente, pero le habían hablado de él y sabía que se trataba de un tipo decidido y siempre dispuesto a ayudar a los navegadores. De todas formas, el líder parecía nervioso cuando les dijo:

-Daos prisa, por el diablo. La alarma ya ha llegado hasta el astropuerto -miró a Ordo, ceñudamente-. Este hermano debe ser alguien importante cuando forman tanto revuelo por culpa de él. Me gustaría conocer los motivos que las autoridades de Prima-Dos tienen para retenerlo haciéndole pasar por enfermo.

Lorenzo no respondió. No había tiempo para explicaciones. Cuando la Hermandad actuaba en favor de uno de los suyos no solía pedir detalles, mientras el necesitado de la ayuda no estuviera acusado de delitos graves. Lorenzo estrechó la mano del líder.

-Gracias -dijo.

-No me las des todavía, hijo. Sigues aquí y veo difícil que consigáis salir si no podéis calentar motores cuanto antes. Ya está el permiso de salida en tu puente de mando, pero puede ser cancelado si llega hasta la torre de control una orden procedente de la ciudad.

El líder les dio la espalda y corrió hasta un vehículo que le esperaba. Lorenzo señaló la entrada de su nave a Ordo y le dijo:

-Mueve el culo y sube. Tú también. Medio Litro. Se volvió hacia la chica que permanecía con los brazos, cruzados, delante del volador que les había llevado de las cercanías de la residencia al astropuerto en tiempo récord. Ella sonreía y el viento le agitaba la abundante y larga cabellera roja, que como una hoguera brillaba bajo los reflectores.

-Eres un encanto, chica, pero nunca pasé tanto miedo volando en un vehículo a tan baja altura.

-Teníamos que burlar los controles de policía -replicó ella.

-Dime cómo te llamas.

-Mary, y ahora estoy sin trabajo. Descanso después de viajar hasta cansarme.

Lorenzo la pilló desprevenida. La abrazó y la besó. Ella pareció que iba a protestar, pero se dejó besar y sonreía más acentuadamente cuando él se apartó, un poco en guardia, como temiendo recibir una bofetada.

-¿No se pondrá celosa la chica que lleves a bordo? -preguntó Mary.

-No hay nadie.

-No me lo creo. ¿Lorenzo sin compañía femenina?

-Aunque te parezca increíble, es así.

En aquel momento restalló la sirena de alerta del astropuerto. Unos muelles más allás, detrás de unos cargueros, aparecieron varias patrullas de la policía del estado.

Lorenzo agarró a Mary de una mano y tiró de ella hacia el interior de la nave.

-Acabas de ser contratada. Tú misma fijarás la paga.

-¡Eh! ¿Qué haces?

-¿Quieres que te encierren por habernos ayudado?

-¡No pienso acostarme contigo! -protestó ella-. Sé que eliges navegantes femeninos para tener compañía, además de un empleado a quien pagas miserablemente.

-Eso podemos discutirlo más tarde.

Consiguió hacerla entrar en la cabina y desde allí bajó la palanca para cerrar la esclusa. Corrieron por el pasillo hacia el puente de mando. Mary comentó con visible disgusto en la voz:

-Esta nave es una porquería.

-No lo creas, preciosa. Verás como nos saca de las garras de la policía.

Cuando entraron en el puente, Ordo y el viejo ya estaban sentados en los sillones. Había dos más vacíos. Lorenzo ocupó uno, indicando el restante para Mary.

Por el comunicador les conminaron:

-¡Soy el administrador del astropuerto! ¡Ordeno al capitán del carguero Bravo que suspenda todo lo referente a su partida!

Medio Litro iba a agarrar el micrófono para contestar al requerimiento y Lorenzo contuvo su gesto.

-No respondas. Que se crean que no tenemos abierta la línea. Partimos dentro de dos minutos.

El capitán empezó a mover palancas y apretó toda una hilera de botones. ML encendió varias pantallas que se alineaban sobre el panel de mandos. En una de ellas pudieron ver que un patrullero se detenía junto a la segunda sección de toberas; descendieron varios hombres uniformados, más con ropas de obreros portuarios, y éstos usaron unas herramientas para fijar los anclajes que en aquel momento Lorenzo estaba liberando por control remoto.

-Nos han pillado -suspiró el viejo-. Ya no podemos despegar.

Lorenzo palideció. Si ahora ponía en acción los inyectores, sólo conseguiría que su querida nave cayese lado para no poder levantarse jamás, a no ser que fuera desguazada antes.

La maldita voz del administrador, como si ya supiera lo que ocurría, les dijo:

-Es inútil que pretendan desoír mis órdenes. Capitán, le doy cinco minutos para que anule el proyecto de partida.

Los obreros ya se habían retirado a distancia de seguridad, junto con los policías. Desde allí esperaban, satisfechos por haber actuado a tiempo.

Lorenzo miraba los dos gruesos cables de titanio que afirmaban el anclaje. Estaba a punto de darse por vencido cuando de las sombras surgieron dos enormes tractores. No llevaban luces de posición y arremetieron contra los cables recién instalados por los obreros. Los policías se quedaron paralizados, viendo cómo los morros de los vehículos rompían los cables. Acabada la operación, los misteriosos conductores dieron marcha atrás y se alejaron, ocultándose en las zonas oscuras de los muelles.

-La Hermandad jamás defrauda a quienes confían en ella -rió Lorenzo. Hundió la última sección de mandos y toda la nave empezó a vibrar,

-¡Por última vez...! -tronó la voz del administrador.

-¡Vete al infierno y siéntate en los cuernos de Belcebú! -gritó Lorenzo cortando la comunicación.

El Bravo arrancó los últimos trozos de los debilitados cables y rugió, se elevó pesadamente al principio y luego salió disparado hacia las estrellas.

-Dentro de media hora estaremos en condiciones óptimas para entrar en el hiperespacio -aseguró Lorenzo después de fijar las últimas coordenadas-. Nos mantendremos en una ruta circunstancial hasta que sepamos adónde dirigirnos definitivamente -acabó diciendo y mirando a Ordo.

-Me gustaría saber quiénes tuvieron la feliz idea de subirse a los tractores y cortar los cables -dijo ML- Les convidaría a la mejor botella de vino de esta zona.

Lorenzo sonrió. Se sentía relajado, después de haberlo pasado tan mal. Deseó que los hermanos que habían manejado los tractores hubieran podido escapar cosa más que probable si todos los navegadores de astropuerto estaban alertados. Las autoridades de Prima-Dos no tendría más alternativa que morderse los puños y dar carpetazo al asunto. Indisponerse con la Hermandad, sin posibilidad de acusar a varios de sus miembros con pruebas, sería una quimera.

-¿Por qué la has traído? -preguntó Ordo señalando a Mary.

-No podía dejarla abajo. Un patrullero se nos venía encima.

-Espero que la hagas desembarcar lo antes posible -sugirió Ordo. Se levantó y añadió antes de salir de puente de mando-: Voy a tomarme una ducha y descansar, de verdad, unas horas.

-No gastes mucha agua -le advirtió el viejo-. Llevamos la justa para dos tripulantes. Apenas pudimos repostar.

Lorenzo comprendió que la chica estaba enfadada por las palabras de Ordo y tuvo que hacerle un gesto para que se calmara. Cuando estuvo seguro de que Ordo ya no podía oírles, le dijo:

-Debes disculparlo, Mary. Ordo lo ha pasado bastante mal. Si de veras no quieres seguir con nosotros, haremos escala en el planeta que prefieras y procuraré indemnizarte.

Ella hizo un gracioso mohín.

-Te demandaré si te atreves a romper un contrato verbal de trabajo.

El capitán la miró fijamente. Empezó a dibujar una sonrisa.

-Eres estupenda. Te fijaré el sueldo de primer oficial.

-¡Estás loco! -estalló el viejo-. Te pierden unos ojos bonitos y unas tetas opulentas. ¿Con qué vas a pagarle?

-Eso déjalo de mi cuenta.

-Si la nombras primer oficial significa que yo tengo que continuar cocinando, ¿no?

-Indudablemente.

-¡Os envenenaré! -juró el viejo.

Salió del puente lanzando maldiciones contra todo lo que había a bordo incluidos, por supuesto, los seres humanos.

-Lorenzo dijo a Mary:

-Aunque no eche veneno a propósito, es posible que lo consiga. Medio Litro cocina horriblemente.

-¿Por qué le llamas Medio Litro?

-A veces bebe cerveza, pero lo que le gusta es pediir en las tabernas medio litro de ginebra. La verdad es que para saber su nombre tendría que leerlo en el libro de bitácora. Lo conozco desde que yo era niño y siempre lo he llamado Medio Litro o ML.

-¿Puedo preguntarte algo, Lorenzo?

-Claro que sí. Y recuérdame que yo te haga luego unas preguntas. .

-¿A qué ha venido todo este jaleo?

-Llevo tiempo buscando el paradero de un buen amigo. Hunt Logan estuvo en la academia conmigo. Ordo era su socio y en otro mundo me dijeron que en Prima-Dos había un tipo que respondía a sus datos. Al parecer... -el rostro de Lorenzo se ensombreció-, al parecer, Logan ha muerto.

-Lo siento. De veras.

-Ordo posee un secreto muy importante. Quería salir de la residencia siquiátrica, en donde lo mantenían prisionero.

-¿Por qué?

-Las autoridades de Prima-Dos sospecharon que Ordo ocultaba informes muy importantes, relacionados con un viaje que él hizo con Logan en la nave Polifemo, dada por desaparecida.

-Esto posee visos de convertirse en una aventura apasionante.

-Es posible. Ordo querrá que le lleve a un lugar del espacio que sólo conoce él.

-¿Lo harás?

-Me temo que sí. Este asunto puede proporcionarme algún dinero -suspiró roncamente-, Al menos lo espero. Si no es así me encontraré en problemas económicos muy graves.

-Estoy segura de que harás por tu amigo Ordo lo que sea.

-¿Qué otro remedio me queda?

-La Hermandad no pregunta a la hora de ayudar a un navegador, pero yo me muero por conocer más datos.

-Estás en la misma posición que yo, preciosa. Dejemos a Ordo descansar y confiemos que más tarde se digne a contarnos todo.

-¿Qué tenías que preguntarme?

Lorenzo emitió un carraspeo.

-Es... algo particular. No he podido evitar sentirme algo alagado.

-¿Por qué?

-Has admitido que me conocías, y bastante bien al referirte a mis aficiones por las chicas tan bonitas como tú.

Ella soltó una carcajada.

-No te hinches como un pavo. Cuando el líder de la Hermandad me pidió que fuera a recogerte al pie del bosque, como indicó el chófer de alquiler, quise saber quién eras tú, el promotor de tanto jaleo.

-¿Qué te respondió?

-Que él, particularmente, te dejaría en el aprieto, estaba dispuesto a movilizar a la Hermandad por el viejo.

-Suponía al líder más simpático -gruñó Lorenzo.

Mary se incorporó y ahogó un bostezo.

-¿Quieres indicarme dónde está...?

-¿Mi camarote? -sonrió Lorenzo-, Oh, es bastante amplio, con ducha y...

-No seas iluso. Me refería a la cocina. No estoy dispuesta a enfermar del estómago si dejamos que Medio Litro componga sus horribles guisos.

-Eres un sol. Además de bonita te gusta cocinar.

-No cantes victoria todavía -rió ella-. Tal vez prefieras a Medio Litro dentro de unos días.

* * * *

Ordo estuvo durmiendo veinticuatro horas seguidas en todo este tiempo Medio Litro no dejó de quejarse de la intromisión de la mujer en la cocina. Lorenzo lo mandó a paseo. Ocurría a veces que no comprendía al viejo. Se lamentaba por tener que ocuparse de la cuestión culinaria y ahora, cuando Mary se había ofrecido voluntariamente para tal cometido, se liaba a protestar y a llenar los pasillos con sus imprecaciones.

En realidad, pensó Lorenzo, ML siempre tuvo con las mujeres que él había llevado a bordo una actitud hostil. Decía que las féminas sólo traían complicaciones, y el capitán le recordaba que él estuvo casado cinco veces,

indicación que al viejo le sentaba fatal.

-De todas ellas me divorcié en seguida -solía decir antes de retirarse, con la cabeza muy alta-. Una actitud sensata.

Lorenzo tuvo que admitir que Mary cocinaba muy aceptablemente, opinión que no era compartida por ML, quien tragaba en silencio los platos que le arrimaba la chica, aunque eso sí, muy ávidamente y bien regados con vino.

El capitán pidió a Mary una bandeja con comida y con ésta en las manos se dirigió al camarote donde Ordo dormía desde hacía un día. Encontró al gigante en la ducha, y esperó sentado en la cama a que saliera.

-Hola, capitán -le saludó Ordo al salir de la ducha, secándose con una toalla enorme, pero de apariencia insignificante junto a él-. Eres muy amable al traerme el desayuno.

-Es la cuarta comida desde que partimos. Me parece que se trata de la cena.

Ordo la olió.

-Me servirá de desayuno.

Lorenzo lo observó en silencio. Ordo acabó con toda la comida rápidamente. Entonces, le dijo:

-Es el momento de hablar, Ordo.

-Desde luego. ¿Dónde estamos?

Lorenzo se lo dijo.

-No está mal. No tendrás que rectificar mucho la ruta para dirigirnos al sector NN-598 sin salir del hiperespacio.

-¿Hasta tu célebre agujero negro?

-No es mi agujero particular en el espacio ni tampoco es célebre porque nadie lo conoce, o si alguna vez fue registrado en las cartas estelares, su existencia fue olvidada.

Lorenzo sonrió. Debía alegrarse de encontrar a Ordo con buen humor, al menos carente de aquel fulgor los ojos que le intranquilizó tanto cuando estaban la residencia de Prima-Dos.

-Supongamos que ya estamos en ese planeta de nombre Ruskana. ¿Qué encontraremos?

-Algo fabuloso. -Ordo alzó una ceja-. Oye, ¿esa nos acompañará?

-Desde luego. Está contratada como tripulante. ¿Acaso prefieres correr el riesgo de descender el Bravo en un planeta y que las autoridades se saquen alguna ley de la manga para retenernos?

-En absoluto. En tal caso, prefiero que todos estén presentes cuando os diga lo que nos espera en Ruskana.

-Como quieras.

CAPÍTULO IV

-Ahí lo tenéis.

Las palabras de Ordo resonaron en el puente como latigazos. Lorenzo, Mary y ML observaban la curva nubosa de Ruskana. Todavía flotaba en el interior del carguero Bravo la tensión sufrida horas antes, cuando atravesaron el agujero negro. Fueron unos instantes llenos de malos augurios. Excepto para Ordo, aquella experiencia era desconocida por los demás.

-Es la tercera vez que lo atravieso -confesó Ordo-, y debo admitir que siempre pasé miedo, como en esta ocasión.

-Lo más increíble es que hayamos recorrido doscientos años luz en tan poco tiempo -susurró Mary. El color de sus mejillas había huido cuando se aproximaron al agujero y todavía no había vuelto.

Ordo asintió con un vigoroso movimiento de cabeza.

-Es así. ¿La explicación? -se encogió de hombros-. Se tardará mucho tiempo en saberlo, me temo. Digamos que es una región todavía más rápida dentro del hiperespacio. Tal vez algún día se utilice un medio de navegación similar para acelerar los viajes.

-La realidad es que estamos descendiendo sobre Ruskana -dijo Lorenzo sombríamente.

-¿En qué piensas? -preguntó Ordo muy serio-. ¿Acaso te arrepientes de haber venido?

-No estoy seguro. Cuando terminamos de atravesar el agujero y deceleramos, emergiendo del hiperespacio, me pregunté si hacíamos lo correcto.

-No te entiendo...

-Es sencillo. Esta misión, o aventura, como quieras llamarla, nos viene grande, Ordo.

-No opino lo mismo.

Ordo agitó la cabeza.

-Ya os he dicho que en el continente mayor de Ruskana, en el ecuador, existe una mole inmensa que puede ser tomada por una gran montaña y que en realidad...

-Es una nave -añadió Mary-. La nave más grande jamás construida -mecánicamente, repitió-: Posee. según tú, cien kilómetros de ancho, mil de eslora y una altura de cinco mil metros en lo que puede ser su proa, sobre la cual se alza una torre cilíndrica de mil metros de diámetro y una elevación de dos kilómetros.

-Te olvidas decir que posee forma de rampa y, en la popa, la superficie de una llanura se confunde con ella.

-También, que toda esa colosal estructura de acero está cubierta de tierra y vegetación, incluso posee ríos que la surcan de norte a sur, descendiendo por la ladera suave -sonrió Mary.

-Sigues sin creerme.

-Concédeme una duda razonable.

-Pronto te convencerás.

Lorenzo decidió intervenir, conciliador:

-Ordo y Logan alquilaron su nave a unos investigadores, quienes fueron los que realmente descubrieron el atajo a través del agujero negro y el planeta Ruskana.

-¿También murieron en el accidente que destruyó al Polifemo?

Para responder a la pregunta de la chica, Ordo se tomó un instante. Secamente, dijo:

-Me temo que sí. Yo fui el único que tuvo tiempo de alcanzar una cápsula de salvamento cuando nos dirigíamos al planeta Altear.

-Todavía no nos has dicho por qué estalló el Polifemo.

-Eso jamás se podrá averiguar.

-¿No sería que al volver a cruzar el agujero negro quedó afectado seriamente? -preguntó Medio Litro-. Condenación, desde hace diez horas no tengo ganas de beber un trago. Algo me ha quitado la sed.

Todas las miradas se clavaron en Ordo, quien respondió nerviosamente:

-No debéis temer que nos ocurra lo mismo a nosotros. Ya habéis visto que las instalaciones del Bravo están en perfectas condiciones.

-Quizá nada afecte a una nave la primera vez, pero todo parece indicar que algo pasa cuando cruza de nuevo el agujero.

-Ya no hay remedio -dijo Lorenzo-. Tampoco es justo que discutamos ahora. Cuando Ordo nos contó todo, ninguno nos opusimos a seguir adelante. Estuvimos conformes en venir hasta aquí.

-Es verdad -suspiró Mary, intentando sonreír animosamente-. Y si es cierto que podemos descubrir una gran nave construida por una raza misteriosa, aparentemente vacía, la fortuna caerá sobre nuestras cabezas.

-No es solamente eso, sino que todo está dispuesto en ella para hacerla despegar. Sólo necesitamos algún tiempo para familiarizarnos con los mandos

situados en el cilindro.

-¿Por qué no lo hicisteis vosotros?

-Se decidió postergarlo.

-¿Qué causa existía?

-Sobre la nave vivían razas humanoides, -Ordo dio unos pasos por el puente. No podía ocultar su nerviosismo-. Eran seres curiosos, singulares. Incluso tuvimos que aliarnos con algunas tribus y combatir contra otra muy belicosa para llegar hasta la cúspide de la nave. ya que es imposible alcanzarla desde el aire a causa de las corrientes atmosféricas que la circundan.

Lorenzo se acarició el mentón, pensativo. Miró a Ordo.

-¿Por este motivo, antes de proponernos ir a Ruskana, me preguntaste si disponía en el Bravo de vehículos aéreos pequeños?

-Sí, lo admito. Con ellos podemos volar por debajo de las corrientes de aire. Ahora conocemos su techo. Quiero decir, que sé cómo eludirlas. La primera vez que llegamos hasta el cilindro no tuvimos otra alternativa que viajar sobre la superficie de la gran nave cubierta de vegetación, y luchando contra los humanoides salvajes.

-¿Estás seguro que ahora no hay ningún ser viviente sobre la Montaña y sus cercanías? -preguntó Lorenzo.

-Advertimos a los jefes de las tribus amigas que debían emigrar, alejarse de la Montaña que ellos siempre consideraron como la residencia de sus dioses particulares.

Ordo encendió un cigarrillo. Después de expulsar varias bocanadas de humo, añadió:

-En la plataforma donde se alza el cilindro viven unos seres cuya misión es dedicarse exclusivamente al cuidado del centro vital de la nave, situado en la terraza, un espacio ajardinado y de aspecto paradisíaco, con una protección energética, una barrera impenetrable que puede conservar su atmósfera respirable incluso viajando por el hiperespacio.

-En realidad tu descripción de lo que nos espera -dijo Lorenzo- es tan apasionante que cualquiera estaría dispuesto a correr serios peligros. Amigos, podemos escribir un capítulo importante si volvemos a la Tierra anunciando el descubrimiento más grandioso de toda la historia.

-Yo confío en acabar los estudios referentes al pilotaje de la Montaña y conducirla a la Tierra, ponerla en órbita alrededor de la Luna, por ejemplo. Sería un satélite de respetable tamaño para la vieja acompañante de nuestro mundo de origen, ¿no?

Medio Litro meneó la cabeza, aturdido.

-¿Os imagináis lo que puede haber dentro? Podrían viajar millones de seres, cómodamente -lanzó un silbido de admiración-. Me emborracho al intentar calcular las riquezas acumuladas en su interior.

-El viejo tiene razón -sonrió Ordo por primera vez desde hacía un buen rato-. Nosotros sólo exploramos una mínima parte.

Ordo puso delante de la pantalla un tablero de ajedrez. Señaló un cuadro y

dijo:

-Nosotros apenas vimos la décima parte de este rectángulo. Los humanoides que viven debajo de la plataforma, alrededor del cilindro, sólo son un par de millares y nos ayudarán ciegamente. Están condicionados para semejante misión. Yo conozco su lengua y ellos hablan nuestro idioma bastante correctamente, sirviéndose de traductores automáticos.

Lorenzo seguía manteniendo una actitud desconfiada. Dijo:

-Si logramos levantar esa nave, llamada Montaña, del planeta, sería lógico que la usáramos para atravesar el agujero negro. Si algo afecta a los mecanismos durante un segundo viaje, nada de esto podrá ocurrirnos usando un navío que lo haga por primera vez.

Ordo sonrió ampliamente.

-Amigo, has dado con la solución a nuestros problemas. En realidad yo también había estado pensando algo semejante.

Lorenzo miró a Ordo, emitió una sonrisa leve y dijo que todos debían ocuparse del descenso, cada cual tenía un cometido que cumplir.

En un gráfico se dibujó el continente sobre el que descenderían. Ordo ya le había dado todos los datos a Lorenzo y éste se limitó a corregir la caída del Bravo. Se posarían a poca distancia del comienzo de la ladera. Si las corrientes de aire seguían protegiendo la Montaña, utilizarían el aéreo que transportaban a bordo. Después de la acalorada discusión, en el puente de mando pareció abatirse sobre todos una súbita y apacible serenidad. Lorenzo consiguió abstraerse de cualquier asunto que no fuera la Montaña. Si realmente era una nave llevada allí hacía miles de años y construida por una raza desconocida, con intenciones olvidadas, cabía preguntarse si todavía sus antiguos dueños no poseían sobre ella alguna forma de control. Además de las medidas dadas por Ordo de la Montaña, los detectores habían confirmado que la gigantesca nave, convertida en una mole de apariencia rocosa con el transcurso de los años, tenía enterrada un tercio de su mole, es decir, unos tres mil metros de su estructura.

Era una cuestión que preocupaba a Lorenzo, y se preguntaba si no sería un inconveniente insalvable a la hora de intentar alzarla de la superficie. Además, todavía desconocían el sistema que poseía de impulsión, aunque suponía que éste debía basarse en algo que anulase la gravedad. La Montaña debía pesar millones de toneladas. Tal vez, se dijo con pesar, jamás se conseguiría hacerla despegar. Y esto no le preocupaba demasiado, incluso lo prefería. Debido a su antigüedad, lo más probable es que el misterioso medio para llevarla al espacio estuviese ya en desuso. Pero lo que podía contener en su interior... Aquélla era una cuestión muy distinta. Podían ser ricos, inmensamente ricos, sin necesidad de conducirla hasta la Tierra. Sería como una mina que no se agotaría en cientos de años, aunque sólo fuera para recuperar sus metales. La demostración gráfica de Ordo con uno de los cuadros del tablero de ajedrez era convincente. Se había explorado sólo una milésima parte de la Montaña, y no muy eficazmente por cierto.

De reojo contempló a la chica. Mary era una eficiente navegadora, además de bonita. Todavía no había logrado acercarse de nuevo a ella lo suficiente y acostarse juntos. Achacaba el no haberlo hecho a los pocos días que llevaban de viaje y a los nervios que desde la partida de Prima-Dos embargaban a todos.

-Mary -dijo.

Ella se volvió. Ya tenía recuperado un poco de su color habitual. Sus labios le parecieron más apetitosos que nunca.

-¿Qué? -preguntó ella soltando por un momento los mandos de su computadora.

-¿Te arrepientes de haber venido?

Mary sonrió.

-De ninguna manera. Todo esto es apasionante -miró a los lados para asegurarse que Ordo y ML no la oían-. Incluso por ti me alegro de estar aquí.

-Buscaré en la Montaña un diamante y te lo regalaré -prometió Lorenzo.

-Te recordaré tu palabra.

El carguero fue achicando su órbita alrededor de Ruskana y poco más tarde entraba en la atmósfera, horadando las nubes esponjosas y deslizándose a poca altura de la superficie continental. Media hora después podían apreciar los contornos de la Montaña, y Lorenzo se preguntó cuándo dejarían de llamarla así para denominarla nave, e incluso deberán bautizarla con algún nombre sugestivo.

Pronto perdieron la posibilidad de contemplarla en su totalidad. Era tan grande como una nación antigua mediana terrestre, un país capaz de abandonar el planeta y viajar a las estrellas... si todavía su misteriosa maquinaria continuaba intacta, oculta en su centro.

El Bravo se posó a una distancia que fue calculada como a unos veinte kilómetros de donde debía comenzar la ladera, donde terminaba la tierra húmeda y comenzaba la falsa capa de arboleda que cubría la superficie metálica.

Llovía ligeramente cuando se asomaron al exterior. Respiraron el aire denso y Mary retiró la mano mojada por el agua de la lluvia, que probó con la punta de su lengua.

-Es casi como otro planeta Tierra, pero sin apenas gente -dijo Ordo.

-Excepto esos humanoides extraños, ¿no? -le recordó ML.

-Logan tenía la teoría de que los humanoides no pertenecían a este mundo. Debieron ser traídos a bordo de la gran nave por la raza que la construyó, Dios sabrá con qué fin. Quizá un experimento que todavía no ha concluido.

Medio Litro se rascó la nuca, torció la cabeza y achicó los ojos para ver más allá de la tenue cortina de lluvia.

-Los bosques son como los de la Tierra, según los vi hace ya más de veinte años, la última vez que estuve allí. Son hermosos. -se volvió y miró con burla a Ordo-, ¿Te dije que había pensado que cuando nosotros llegásemos aquí podíamos encontrarnos con que tu nave-montaña ya no estuviera?

-Hubiera sido una broma cruel -replicó Ordo muy serio.

-Desde luego -dijo Lorenzo-. Bien, no perdamos más tiempo. Está amaneciendo y debemos empezar cuanto antes. Si nos damos prisa podemos tener fuera el aéreo dentro de una hora.

Antes de retirarse de la esclusa, Ordo dijo con pesadumbre:

-No hay rastro alguno de los humanoides que habitaban al pie de la Montaña.

-¿No es lo que querías que hubieran hecho? -inquirió Lorenzo.

-Sí, pero es extraño. Nunca albergué mucha seguridad de que obedecieran nuestras instrucciones de emigrar lejos de aquí.

Lorenzo volvió a descubrir en la mirada del oficial la chispa extraña en sus ojos, la misma, pero con más intensidad, que le preocupase tanto en Prima-Dos.

CAPÍTULO V

Lorenzo conocía la animadversión de Medio Litro por las armas, pero insistió en que llevase un láser colgado del cinturón. Ir provistos de pistolas era una idea de Ordo. Además, transportarían en el aéreo algunos rifles de gran potencia.

Fuera del Bravo, Lorenzo caminaba lleno de impaciencia. A poca distancia, Mary le observaba con los brazos cruzados. Junto al aéreo, bostezando sin cesar, Medio Litro lanzaba exabruptos intermitentes.

-¿Cuándo volverá Ordo? -preguntó el viejo.

-Dijo que quería echar un vistazo, llegar hasta donde estuvo emplazado el poblado de unos humanoides amigos suyos -respondió el capitán.

Mary caminó hasta ponerse a su altura.

-El sol está en el cénit. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Lorenzo alzó la mirada y contempló la gigantesca estrella roja. La temperatura había aumentado ligeramente, pero las previsiones indicaban que quedaría estabilizada y luego, al anochecer, descendería hasta los veinte grados. Ventajas de encontrarse en el ecuador, se dijo.

Ordo apareció poco después. Llegó con aspecto cansado, pidió agua y explicó:

-Los humanoides que conocíamos como los ulikas han desaparecido del poblado que he visitado.

-¿No es lo que querías? -dijo Lorenzo-. Así no correrán peligro si la Montaña se eleva. Os obedecieron y emigraron.

Ordo negó con la cabeza.

-No ha sido un éxodo, Lorenzo, sino una matanza. El poblado está lleno de cadáveres, apenas unos esqueletos. Ha debido ocurrir hace unos meses.

-¿Quiénes han podido hacerlo?

-Estoy confundido. Nosotros, con la ayuda de los ulikas, casi

exterminamos a los buragos, otros humanoides que vivían a medio camino de la ladera. Eran unos salvajes, seres monstruosos.

-Nos dijiste que existía otro grupo étnico, los pasivos, con enclaves al principio de la Montaña. ¿También han perecido?

-Lo sabremos pronto -respondió Ordo con los labios apretados-. Salgamos cuanto antes -miró al viejo, apostado junto al vehículo-. Supongo que Medio Litro se quedará al cuidado del Bravo.

-La nave estará segura, Ordo.

-Bah, ni siquiera dispone de campo energético.

-Sellaremos las esclusas.

-No será suficiente.

-Correremos el riesgo.

Ordo se encogió de hombros.

-Como quieras. La nave es de tu propiedad.

Lorenzo consiguió que la partida no se demorase más. Mary se ofreció a cubrir el primer turno de pilotaje y elevó el vehículo con pericia. En los asientos traseros, el capitán preguntó a Ordo:

-¿Qué armas tenían los buragos?

-Fusiles. Disparaban proyectiles impulsados por la explosión de cargas de pólvora. Rudimentarios, pero eficaces a una distancia inferior a los cien metros.

-¿Cómo murieron los ulikas que has encontrado?

Ordo deglutió con esfuerzo y respondió mirando los árboles pasar debajo de ellos:

-Apostaría lo que fuera a que usaron láseres contra ellos.

-¿Estás seguro?

-Sí, condenación -gruñó Ordo-, No hay duda alguna.

-¿Acaso han sido los mustes, esos seres altos y delgados cuya misión parece ser la de humildes servidores del cilindro?

-No lo creo. Jamás vimos armas a los mustes y éstos siempre nos obedecieron, como si estuviesen condicionados para servir a los seres supuestamente más inteligentes que ellos.

-Quizá viviera otra raza en la Montaña, que vosotros no llegasteis a conocer.

-Bah, es una hipótesis absurda.

Mary anunció que estaban sobrevolando el comienzo de la Montaña, e inmediatamente Ordo lanzó una exclamación de asombro.

-¿Qué ocurre? -preguntó Lorenzo.

-Mirad el suelo.

La chica disminuyó la velocidad al mínimo y todos observaron por los cristales. Abajo había un paisaje de pesadilla, millones de toneladas de tierra formaban montículos, amalgamando arbustos, rocas y lodo.

-Entonces... llegó a suceder -musitó Ordo, volviéndose muy pálido para mirar a Lorenzo.

-¿Qué ha llegado a ocurrir? -le espetó Lorenzo perdiendo la paciencia.

-Sobre la Montaña, y debajo de las corrientes de aire, se producían lluvias artificiales debido a la concentración de humedad. Las precipitaciones se controlaban desde los mandos situados en el cilindro. Los científicos que alquilaron el Polifemo hablaron una vez de aumentar las lluvias para ir limpiando de la costra de tierra toda la superficie de la nave, para que dejara de ser una falsa montaña.

-¿Por qué te sorprendes entonces?

-Es... Bueno, no se hizo. Sólo se llegó a pensar.

Lorenzo indicó a Mary que acelerase. Pronto estuvieron volando sobre una llanura gris, inmensa y que sé perdía en todas direcciones. No era totalmente llana, sino que la cubrían protuberancias oscuras, pero igualmente metálicas, como todo lo que ya tenían debajo.

-Ha debido llover copiosamente durante meses -dijo Ordo-, Las riadas que bajaban del norte, desde la plataforma donde está el cilindro, han estado limpiando la ladera.

Todavía quedaban algunas zonas donde la costra falsa de tierra se había resistido a resbalar hacia el sur, hacia los lados de la gran extensión metálica, tal vez debido a las partes más bajas del fuselaje.

Ahora volaban a muy baja altura, por recomendación de Ordo, quien temía que el cambio climatológico hubiera alterado el techo de los vientos.

-Antes de cuatro horas llegaremos a la llanura donde está el cilindro -dijo Mary.

El vehículo desarrollaba su máxima velocidad, unos cuatrocientos kilómetros por hora. Lorenzo vigilaba constantemente los detectores de proa. Desconfiaba de las capas superiores donde rugía un viento huracanado que cubría toda la enorme extensión de la Montaña.

De pronto, el detector de proa osciló y emitió un silbido agudo. Mary disminuyó la velocidad y se volvió, mirando alarmada a sus compañeros.

Lorenzo, seguido de Ordo y ML, corrió hasta el fondo del pequeño navío y encendió el telescopio de popa. Después de enfocarlo, giró la cabeza. Estaba terriblemente pálido. Roncamente, anunció:

-Ha sido nuestra nave.

-¿Qué le ha pasado al Bravo? -inquirió Medio Litro.

-Ha volado. Quiero decir que está destruida, pulverizada.

-¿¡Quién ha sido el maldito hijo de mala madre que...!?

Ordo apartó al viejo y miró por el telescopio. Con los ojos pegados al visor, corroboró las palabras de Lorenzo:

-Así es. Todavía puede verse la nube de humo. Diría que ha explotado el generador de plasma.

-¡Medio Litro! -gritó Lorenzo-, ¿Es que no conectaste los seguros antes de salir del módulo de impulsión?

-¡Claro que sí! -protestó el viejo, ofendido porque se dudara de él.

-Quizá ML se olvidó, no cabe duda -dijo Ordo.

-¡Yo no tengo la culpa de nada! Volvamos a investigar.

-¿Para qué? -Lorenzo seguía blanco como el papel. Se encogió de hombros-. Además, sería peligroso. La radiactividad será nociva en unos centenares de metros. Jamás pensé que el Bravo fuera a terminar así.

-No te pongas sentimental, muchacho -hipó el viejo. Se volvió y se secó una lágrima.

-Maldito seas si has tenido la culpa, ML. Lo que me preocupa es el regreso. -miró hacia abajo-. Esto que sobrevolamos es tan grande que no puedo creer que podamos conducirlo al espacio. Cien mil kilómetros cuadrados de superficie... Ni toda la fuerza del infierno conseguiría moverlo un centímetro.

-Sigues desconfiado, ¿eh? -sonrió Ordo-, Te garantizo que dentro de pocos días navegaremos hacia la Tierra conduciendo la Montaña.

Lorenzo no hizo ningún comentario. Regresó junto a Mary y se sentó a un lado, cabizbajo. Ella le cogió una mano y se la apretó, sonriéndole para tratar de infundirle confianza.

-No veas tan negro el porvenir, hombre.

-¿Qué puedo hacer? Sin el Bravo estamos varados en este mundo loco. Ni siquiera ya estoy seguro de que la Montaña sea una nave. ¿Por qué no una base abandonada por alguna raza hace miles de años? ¿Qué nos ocurriría si estuviera bien cimentada? Pues te lo diré: Sin medios de pedir ayuda, nos tendríamos que quedar aquí para siempre. Sería horrible...

-Desde luego -dijo el viejo, que se había acercado sigilosamente-. ¿Cómo me quitaré ahora la sed? Mary, preciosa, ¿te acordaste de incluir alguna botella en la pequeña despensa de este trasto?

* * * *

A medida que se acercaban al final de la ladera, donde ésta se deslizaba llana hasta el borde de la Montaña, la superficie de metal se mostraba más limpia de rastros de su antigua cubierta terrosa. Desde hacía un buen rato podían contemplar a simple vista el cilindro. Primero apareció surgiendo de la bruma, como una mancha oscura que se perdía entre las nubes, enorme con su frente de un millar de metros y su altura de dos kilómetros. La proa del aéreo apuntaba hacia su base, casi a ras de la superficie. Ordo había tomado el puesto de Mary en los mandos e insistía en volar a baja altura.

-Sólo ascenderé hasta la cúspide del cilindro cuando estemos muy cerca. Las corrientes han podido sufrir modificaciones desde la última vez que estuve aquí.

El viejo había tomado unos binoculares y oteaba el suelo gris y metálico que se deslizaba bajo sus pies.

-No he visto ningún rastro de esos seres. ¿Cómo se llaman?

-Mustes -sonrió Ordo-, Y no los verás. Salían muy poco del cilindro. Sólo cuando era imprescindible. Pero no te quepa la menor duda de que nos

esperan.

-¿Es que saben que estamos aquí? -preguntó Lorenzo.

-Es lo que supongo. Ellos cuidan de las instalaciones del cilindro, y arriba de éste existen terminales de mandos. Desciframos algunas y sé que desde ella, por medio de visores muy potentes, es posible escudriñar los contornos de la Montaña.

-¿Existen armas en el cilindro?

-¿Qué estás pensando?

-Tal vez esos mustes, pacíficos y dóciles en teoría, hayan sido quienes destruyeron mi nave -silabeó Lorenzo.

-Imposible.

-¿Quién eptonces?

Ordo señaló a Medio Litro.

-Este viejo borracho debió olvidarse de ajustar los seguros de la carga de plasma.

-¡No consiento que me llame viejo! -bramó ML.

-Entonces lo dejaremos en borracho -suspiró Ordo.

-Eso es otra cosa -asintió Medio Litro, echando atrás la cabeza, muy dignamente. De repente se oscureció su expresión y añadió-: Aunque me temo que a este paso voy a convertirme en abstemio. Oye, Ordo, ¿arriba de la columna encontraste algo de alcohol?

-Procuraré complacerte cuando estemos allí, ML -gruñó Ordo-, Ahora déjame en paz. Estamos aproximándonos a la base del cilindro y vamos a elevamos en seguida.

Lorenzo hizo una señal al viejo para que se retirase al fondo del vehículo. ML ya tenía encima bastantes horas sin probar un trago y cada vez se comportaba con peor genio.

A unos mil metros de distancia del cilindro, Ordo elevó el aéreo y durante un rato ascendieron muy cerca de la pared metálica, rugosa y áspera, en nada lisa como la distancia les había hecho creer.

-Ni una fisura, ninguna unión -comentó Lorenzo con admiración.

-Así es, amigo -sonrió Ordo-, El cilindro parece construido como una sola pieza.

-¿También el resto de la nave? -preguntó Mary.

-No lo sé. La tierra y la vegetación apenas nos dejaron verla. Sólo hicimos algunas prospecciones y estudiamos pocos metros cuadrados, después de cavar una profundidad de diez o doce metros, pero en éstas tampoco hallamos soldadura alguna.

Desde el último asiento de la cabina, ML gritó:

-Yo sí he visto juntas en la superficie de la ladera.

Lo afirmó como queriendo fastidiar el orgullo de Ordo ante la técnica de los misteriosos constructores de la colosal nave.

-¿Qué viste? -le preguntó Ordo con paciencia.

-Uniones, protuberancias, como casamatas, domos y cubos de escasa

altura. La ladera está llena de obstáculos.

-En cierto modo fue la causa para la sedimentación de la tierra que fue cubriendo la nave durante el transcurso de siglos.

-¿Quién dice que la nave no fue camuflada a propósito?

La pregunta era buena, pensó Lorenzo mirando al viejo, quien sonreía satisfecho por haber dejado a Ordo con la boca abierta.

-Todas las teorías las comprobaremos a su debido tiempo -gruñó el oficial, concentrándose en pilotar el vehículo.

Rebasaron el cilindro y Ordo estabilizó el vuelo del aéreo sobre el remate liso y verde.

-¿Verde? -preguntó ML precipitándose sobre el cristal de la cabina-. ¿Vegetación aquí arriba, a más de siete mil metros de altura?

-La parte superior del cilindro está protegido por un campo de fuerza que conserva una atmósfera con densidad adecuada para nosotros.

-¿Cómo demonios vamos a entrar en tal caso? -preguntó Lorenzo.

Debajo de ellos se extendía como un jardín circular, de exuberante color verde. Ordo señaló un punto brillante situado sobre el borde cercano.

-Ahí tenemos una entrada, una doble capa de fuerza. La nave podrá entrar por la primera, que se cerrará a nuestras espaldas inmediatamente. Son apenas cincuenta metros, por lo que lo recorreremos a mínima velocidad. Antes de que lleguemos al otro extremo, al campo interior, otra sección nos permitirá descender sobre el jardín.

-Espero que sea así, como dices -dijo Lorenzo, poco tranquilo. Chocar contra un campo de fuerza no era una broma.

Pero Ordo consiguió atravesar la cúpula invisible y descender sin ningún problema sobre un pequeño prado, a unos doscientos metros del borde.

Entonces se volvió todo sonriente hacia sus compañeros y les dijo:

-Amigos, bienvenidos a la Montaña.

CAPÍTULO VI

-Deberíamos rebautizarla.

La sugerencia de Mary no fue comprendida, al menos por Ordo, en el primer momento.

-Me refiero a que es impropio seguir llamando Montaña a algo que dejará de ser parte del planeta.

El gigante resopló y no respondió. Dejó a Mary algo ofendida y Lorenzo le dirigió un guiño conciliador, susurrándole al oído:

-Déjale ahora; está muy emocionado.

Ordo saltó del aéreo y caminó por el césped, dirigiéndose hacia el borde de la terraza.

-Al menos esto huele muy bien -comentó Medio Litro aspirando el aire ruidosamente.

Lorenzo llamó a gritos a Ordo al verlo alejarse de ellos, pero el oficial no le escuchó, o lo fingió. Siguió caminando, con pasos apresurados. Los tres corrieron detrás de él y lo alcanzaron cuando estaba muy cerca de una mesa amplia, cubierta de discos de cristal, todos de tono gris y apagado.

-¿Qué es? -preguntó Lorenzo señalando lo que empezaba a creer que se trataba de un panel de mandos.

Ordo jadeó, apoyándose sobre la mesa.

-Está desconectada. Es una extensión de los mandos que hay debajo de nosotros. Cuando nos marchamos la dejamos funcionando.

Mary miró a su alrededor.

-¿No deberían estar ya aquí los serviciales mustes?

-Sí -fue la lacónica y seca respuesta de Ordo.

Dio sus amplias espaldas a la mesa y cruzó un parterre pisoteando inmisericorde las flores multicolores que lo cubrían. Se detuvo y sus compañeros adivinaron tenía la mirada puesta en una especie dé domo que se

alzaba en el centro de la explanada, a medio kilómetro de ellos.

-Allí están los ascensores que nos conducirán al interior. Vamos.

Por el camino, Ordo sacó su láser y lo comprobó, .Luego lo colocó en la funda y apretó el paso. Medio Litro iba el último y tuvo que echar a correr para no rezagarse más.

Al llegar al domo, de unos veinte metros de altura, Ordo pasó las manos por una parte de la brillante superficie y al instante se abrió ante ellos una abertura circular. Dentro brillaba una esfera en tonos opalinos.

-Adentro -pidió haciéndose a un lado e invitando a los demás a pasar antes que él.

Lorenzo lo miró y contuvo el gesto de Mary de pisar la primera el extraño ascensor.

-¿Estás seguro que no corremos peligro? ¿No estará también desconectado como el panel?

Ordo soltó un gruñido y entró. Desde el centro de esfera los miró con los brazos cruzados y un gesto impaciencia apenas controlado.

-Haced lo que queráis. Yo voy a bajar.

Lorenzo se encogió de hombros.

-Está bien -dijo-. Esto lo hemos empezado juntos y seguiremos así... por el momento.

Medio Litro seguía soltando palabras incoherentes entre dientes. Lorenzo pensó que, el viejo, de buena gana se hubiera quedado en el jardín, sentado bajo la sombra de algún pequeño árbol.

Ordo descubrió un segmento azul y lo ocultó con la palma de su mano. Inmediatamente la esfera sufrió una sacudida y empezó a moverse. Nadie pudo calcular velocidad que llevaba en la bajada, pero tuvo que transcurrir un minuto antes de que se detuviera, lo que hizo que Lorenzo comentase:

-No hemos bajado mucho.

Pero al abrirse la puerta, Ordo dijo mientras salía primero:

-Estamos en la base del cilindro.

Y a Lorenzo le pareció que el maldito ascensor había bajado demasiado aprisa para recorrer dos mil metros en un minuto, sin que ellos llegasen a notarlo. Ni la menor sacudida en la parada.

-¿Dónde estamos? -preguntó al colocarse al lado de Ordo.

-Sólo estuve una vez aquí. Por esta parte entramos cuando nos condujeron los mustes hasta arriba -describió con un movimiento del brazo el espacio enorme que se extendía por todas partes. Sus confines apenas eran visibles bajo la tenue luz que surgía del techo-. Ellos viven aquí -rectificó en seguida-: O vivían entonces.

Ordo desenfundó la pistola y caminó en dirección al final de la sala. Todo el suelo estaba lleno de restos de comida, muebles rotos y jirones de ropas de un tejido que, pese al polvo acumulado, seguía siendo brillante, alegre.

Lorenzo tomó a Mary de una mano y anduvo detrás de los pasos del oficial, esperanzado de que éste supiera lo que estaba haciendo.

Se detuvieron delante de varias puertas que se abrían tenebrosas. Un cuerpo aparecía en una de ellas, boca abajo y la cabeza entre unos brazos delgados y marfileños.

-¿Un muste? -preguntó Lorenzo dando un par de pasos e inclinándose para verlo mejor.

Ordo asintió, pasó por encima del cuerpo y entró en el habitáculo. Después de echar un vistazo salió y dijo:

-Dentro hay más. Todos muertos.

Lorenzo había dado la vuelta al cadáver y afirmó:

-Todavía está caliente. Han debido matarlo hace muy poco tiempo.

El gigante recorrió los otros cuerpos. El nerviosismo se estaba apoderando de él, y Lorenzo lo miraba con preocupación porque los ojos de Orbo parecían ascuas cuando se sumergían en la oscuridad, como los de un felino enjaulado y furioso.

-Nadie -dijo al regresar. Su mano derecha se crispaba alrededor de la culata del láser y la izquierda subía y bajaba, convulsivamente-. Y aquí debía haber más de dos mil mustes.

-Por lo menos dos mil cadáveres, ¿no?

-Sí, claro.

Nadie habló durante los siguientes minutos y el silencio fue aplastante. Todos se miraron los unos a los otros y luego intentaron escudriñar los contornos. Nada se movía a su alrededor.

Lorenzo señaló unas puertas más grandes y cerradas por planchas de color rojo.

-¿Adónde conducen?

-Cinco conducen al exterior, a la plataforma. Recuerdo que entramos por una, tal vez fue la del centro. Las otras...

-Sigue.

-Las otras, según nos contaron los mustes que nos dieron información, llevan abajo.

-A los niveles -susurró Lorenzo-. Debajo de nuestros pies tenemos... ¿Cuántos niveles pueden haber en ocho kilómetros? El techo de esta sala debe estar a unos cinco metros, y si es el promedio... Oh, en otra ocasión haré los cálculos.

-¿Te abruma la grandiosidad de esta nave?

-Lo admito. Ni en cien años la recorreríamos toda caminando.

-Habrá otros medios más rápidos para hacerlo, supongo.

Lorenzo lo miró fijamente.

-Tú no te atreviste a bajar ni siquiera al siguiente nivel, ¿verdad?

-Quise hacerlo, pero no tuvimos tiempo.

-¿Qué pensó Logan?

-No me lo confió.

-Logan era muy curioso. Me extraña que no se hubiera aventurado a visitar los primeros niveles por lo menos.

-Tal vez lo hizo, pero no se lo contó a nadie, ni siquiera a mí.

Lorenzo soltó aire de sus pulmones.

-Pues si vamos a quedarnos aquí hasta que nos decidamos a poner esto en el espacio, tendremos que hacerlo, aunque ahora dudo que lo consigamos, sin la ayuda de los mustes.

-Lo dices como si nosotros no vayamos a poder...

-¿Sin tus famosos humanoides, serviciales y sumisos? -dijo Lorenzo con sorna.

Los dos hombres habían estado hablando mirándose frente a frente, y cuando la voz temblorosa del viejo les llegó de lejos, ambos se giraron y miraron hacia aquella dirección con las armas dispuestas en sus manos.

Mary se encontraba a medio camino de ellos y el viejo y estaba quieta, mirando con ojos desorbitados por encima de los hombros de Medio Litro, fijos en la figura que vacilante se acercaba.

Lorenzo miró al recién aparecido. Vio a un ser de dos metros y muy delgado, de cabeza lejanamente humana, con facciones toscas dibujadas sobre una piel muy blanca, casi nívea. Sus ojos oscuros estaban rodeados por arrugas violetas y le daban un aspecto fantasmagórico.

-Un muste -murmuró Lorenzo, reconociéndolo como tal un poco dificultosamente, porque la cara del humanoide muerto estaba muy desfigurada por los disparos de láser.

-Sí, lo es. Y no me preguntes si sé su nombre porque todos me parecieron iguales -dijo Ordo bajando el arma que amartillaba.

Lorenzo interpretó aquella actitud como demostrativa de que el muste no era peligroso e hizo lo mismo.

Mary retrocedió hasta ellos y ML se apartó ante el avance del muste, quien acabó de cruzar el espacio que le separaba de los dos hombres, deteniéndose a un par de metros de ellos. El muste abrió la boca y emitió unas frases rudas.

Ordo contestó en su idioma y añadió en lengua terrestre:

-Habla mi idioma, muste. Mis compañeros no hablan el tuyo.

-Has vuelto, hombre -dijo el muste-. Has tardado mucho. -miró a Lorenzo y luego giró parsimoniosamente la cabeza para observar a Mary y Medio Litro-. Ellos no son los mismos que se marcharon contigo.

-Son otros hombres y otra mujer, muste. ¿Cómo me has reconocido? Tu memoria es excelente.

-Has vuelto algo tarde, hombre -dijo el muste.

Ordo miró de soslayo al cadáver del muste medio escondido en el habitáculo. Asintió.

-Evidentemente. Algo ha ocurrido, ¿no? Algo fatal para vosotros.

-Fue al poco de vosotros marcharos. Todo esto -dijo el muste abarcando con sus largos brazos la soledad de la sala- ha sido ocasionado por una torpeza de quien manipuló los mandos del cilindro sin la presencia de uno de nosotros.

Ordo echó la cabeza hacia atrás, como si le hubieran golpeado físicamente en el rostro las palabras del muste.

-¿Qué estás diciendo?

-Un error de alguien que te acompañaba o un error tuyo, hombre.

-No te entiendo.

-Sígueme y te lo explicaré. Todos deben seguirme.

El muste les dio la estrecha espalda y echó a andar. Su túnica de color brillante, rojo como la sangre, flotó suavemente.

-¿Podemos confiar en él? -preguntó Medio Litro nerviosamente a Ordo.

-¿Por qué no? Nada nos lo impide.

Siguieron al muste, pero siempre manteniendo una distancia de tres o cuatro metros de él.

-Se dirige a una de las puertas rojas -dijo Lorenzo-. ¿Adonde nos lleva?

-No será al exterior, sino abajo.

Cruzaron toda la sala, pasaron por delante del globo que conducía a lo largo del cilindro hasta el jardín y, siempre detrás del muste, se detuvieron delante de un panel rojizo, ante el cual el humanoide agitó un brazo y una abertura se formó al deslizarse a los lados dos segmentos.

Primero entró el muste en el nuevo ascensor y permaneció estático en su interior hasta que los humanos le acompañaron. Entonces cerró la cápsula y ésta apenas sufrió una vibración. Los dedos de Mary buscaron refugio en la mano desarmada de Lorenzo y el hombre notó el miedo de la chica. La miró y le sonrió. Y su sonrisa se esfumó casi inmediatamente ante la siguiente agitación del ascensor. Cinco segundos había durado el descenso. Teniendo en cuenta la experiencia anterior, Lorenzo se atrevió a conjeturar que habían bajado unos cien metros. Más tarde averiguaría que las cápsulas no sólo bajaban, sino que además se desviaban lateralmente, pero eso sería mucho después y en aquel momento creyó que habían llegado a otro nivel tras una caída vertical.

Salieron igualmente precedidos por el muste, convertido en silente guía que los condujo hasta una estancia de techo más elevado que la sala superior, pero de mayores dimensiones. Al contrario que la otra, ésta poseía paredes divididas en rectángulos verticales, cientos de ellos al primer vistazo. Luego comprobarían que había miles, que se perdían por un corredor, flanqueándolo a ambos lados. Dentro de cada receptáculo brillaban luces de distintos colores y algo había en el interior de lo que parecían ser nichos.

El muste se detuvo ante uno y su dedo largo con afilada uña lo señaló. Estaba vacío y sobre el cristal aparecía una silueta fosforescente.

-¿Qué había ahí, muste? -preguntó Ordo.

-Nuestra representación, la de la etnia muste -dijo el ser.

Volvió a caminar hasta el rectángulo siguiente. Allí existía una figura, otra criatura de aspecto humanoide.

-Es un ulika -exclamó Ordo. Se volvió hacia el muste y le preguntó alterado-: ¿Qué hace un ulika congelado?

-Es una muestra. Seguidme.

Ahora tuvieron que caminar bastante, hasta internarse en el corredor, pero durante el trayecto, los terrestres contuvieron la respiración por las fantásticas formas que contenían los nichos. Había seres de aspecto casi humano, hasta llegar al otro extremo de una escala sobrenatural, representaciones monstruosas. Pero todo fue una visión fugaz, porque los pasos del muste eran rápidos y apenas tuvieron tiempo para detenerse.

Súbitamente, el muste se plantó delante de un nicho vacío. Sobre el cristal la pequeña silueta apenas dio una pista a los terrestres de cómo podía haber sido la muestra que pudo haber contenido. El humanoide alzó otra vez su índice y dijo:

-El error hizo que ellos dejaran la inmovilidad.

-¿Ellos? -repitió Ordo-, ¿A qué te refieres?

-A los que han aniquilado a mi comunidad. Sólo yo quedé libre de la furia desatada por el error cometido por ti, hombre, o por alguno de tus compañeros en tu anterior visita.

-Por tu dios, muste, explícate. ¿Qué ha pasado?

Seguía señalando el nicho vacío. Su mano se elevó hasta la silueta inconcreta y dijo:

-Los nmengroes salieron de su almacén, subieron desde las profundidades y se toparon con el camino que les condujo hasta nuestros habitáculos. Nosotros los mustes nos convertimos en su juego favorito.

-¿Juego?

-El juego favorito de los nmengroes es la muerte.

CAPÍTULO VII

Comieron en silencio, bajo la luz de las estrellas que brillaban al otro lado de la cúpula de energía. Sentados en la hierba bebieron café hecho por Mary. Un poco retirado de los demás, Medio Litro dormitaba reclinado sobre un hato de sus propias ropas.

Ordo sacó un cigarro y fumó despacio, arrojando el humo hacia arriba. Lorenzo que no había aceptado más café de Mary, miraba de soslayo al oficial. Mientras ella recogía dentro de una bolsa los restos, Lorenzo exclamó:

-Maldición, Ordo, esto es para volverse loco. ¿Tú entiendes algo?

Ordo negó con la cabeza y siguió fumando.

Mary volvió después de ocultar la bolsa detrás del aéreo. Colocó una lámpara más cerca y Lorenzo pensó que lo hacía a propósito para que él pudiera ver mejor la cara quieta, como de piedra, de Ordo.

-Ese tipo, el muste, nos trajo de nuevo aquí, después de acusarte a ti, y se largó. ¿Adónde ha ido?

-No lo sé -contestó Ordo.

-Esa... esa estancia tan enorme, con tantas figuras encerradas en las cajas... ¿Qué significan? Se lo pregunté al muste varias veces y no quiso contestarme. ¿Y ellos eran los seres tan obedientes?

-Quizá ha cambiado.

-¿Por qué ha cambiado?

-Dice que es el último.

-Ya, y se siente solo y está tan enfadado que se vuelto hosco y desobediente, tirando al cubo de la basura su condicionamiento, su disposición a obedecer los seres superiores, por ejemplo a nosotros, ¿no?

Ordo mordió el cigarro y giró la cabeza, mirando Lorenzo.

-Mira, compañero, yo no sé qué ha pasado aquí. Si algún científico provocó la aparición de esos seres llamados nmengroes, no puedo rebatirlo; es

posible. Al menos yo no lo vi, y es admisible suponer que lo hiciera sin proponérselo.

-Ahora no nos ayudará a salir de aquí.

-Lo hará.

-¿Dónde está?

-Te repito que no me dijo qué se proponía hacer.

Mary intervino:

-Ha ido a enterrar a sus muertos.

Los dos hombres la miraron boquiabiertos.

-¿Te lo dijo? -preguntaron a la vez.

-Sí. Volverá cuando haya terminado.

-¿Qué son o quiénes son los nmengroes? -preguntó Lorenzo.

-Muchacho, estoy pensando que todas las razas que habitaban al pie de la Montaña y a lo largo de su ladera, incluidos los mustes que cuidaban de este cilindro, habían salido hace mucho tiempo de las llamadas muestras.

-No lo creo. En cada cripta sólo hay un ser.

-Son las muestras. En algún lugar de esta nave estarán congelados. Alguna equivocación cometida por nosotros los debió despertar, y cuando reaccionaron, al cabo de algún tiempo, hallaron el camino hasta los habitáculos de los mustes y...

-¿Y qué pasó entonces?

-No lo sé. Evidentemente, mataron a casi todos.

Mary miró con aprensión las sombras del jardín.

-Estaremos seguros aquí?

-Espero que sí -dijo Ordo. Acarició la culata de pistola e intentó sonreír con seguridad.

Lorenzo descubrió en la mirada de Ordo una pizca miedo. No podía recriminarlo. El también sentía miedo. Le asustaba lo desconocido, no saber a qué debía enfrentarse.

-¿Tú podrías llevarnos de nuevo a la sala de las Muestras? -preguntó.

-No estoy seguro. El manejo de los ascensores no llegué a entenderlo. Sólo sé llegar hasta el nivel donde vivían los mustes. En cambio, los que parten de allí, son un misterio para mí.

Mary se tendió sobre la hierba y miró las estrellas, ligeramente distorsionadas por la refracción de la cúpula de energía.

-Me resulta difícil admitir que esta nave puede sumergirse en el hiperespacio y nosotros podríamos seguir aquí, contemplándolo todo, la vorágine de la velocidad lumínica.

Lorenzo soltó un gruñido.

-Yo no me fiaría. Preferiría estar debajo.

Ella lanzó un suspiro.

-Es tarde. Será mejor que durmamos un poco -sonrió al escuchar los ronquidos de Medio Litro-, La temperatura es buena aquí. Podemos dormir sobre la hierba, con sólo una manta debajo.

-¿Montamos turnos de guardia? -preguntó Lorenzo.

Ordo se encogió de hombros. Se levantó y caminó unos pasos. Empezó a arreglar el césped antes de tumbarse en él. Dijo entonces:

-Estaremos tranquilos. Dormid sin cuidado.

Lorenzo se tumbó y se quedó un rato mirando a Mary, quien después de darle las buenas noches se echó a dormir a unos metros de él. Al cabo de un rato empezó a dormitar.

Las estrellas brillaban todavía con potente fulgor cuando sintió que le estaban zarandeando. Abrió los ojos y descubrió a Mary muy cerca de su rostro, inclinada sobre él.

-Ah, preciosa -dijo intentando sonreír en medio de un bostezo-. Me alegro que hayas decidido cobijarte conmigo. ¿Tienes frío?

-No te hagas el gracioso ahora. Ordo no está.

Lorenzo se sentó rápidamente y miró hacia el lugar donde debía estar el oficial. Allí no dormía nadie.

-¿Qué hora es? ¿Adónde ha ido Ordo?

-La noche dura aquí nueve horas. Han pasado cuatro desde que te quedaste dormido. Yo me desvelé hace un momento y vi que Ordo se levantaba y caminaba hacia las sombras. Pensé que quería orinar, pero hace ya mucho tiempo.

El hombre se aseguró que Medio Litro seguía lanzando suaves ronquidos, ajeno a todo. Ahuyentó el resto de sueño y examinó el lugar elegido por Ordo para descansar. Mary acercó una lámpara y con la ayuda de la luz pudo encontrar las huellas del oficial.

-Ha ido al domo -dijo enfocándolo con el haz blanco.

Mary observó la estructura opalina situada a poca distancia de ellos.

-¿En busca del muste? -preguntó ella.

-Hay huellas de los pies del muste, cariño -dijo Lorenzo-, Ese humanoide ha debido venir a buscarlo.

Los dos jóvenes se miraron un instante. De pronto, Lorenzo dijo:

-Voy a bajar.

-Iré contigo.

-De ninguna manera. Quédate con el viejo y no lo despiertes a no ser que ocurra algo -examinó su láser y lo guardó después de acariciar la culata.

Ella le entregó un comunicador, pidiéndole:

-Llámame si estás en peligro.

Lorenzo se guardó el comunicador.

-Espero que tenga bastante alcance.

-¿Qué harás si no los encuentras en los habitáculos mustes?

Ante la pregunta de Mary, Lorenzo sonrió preocupado. En realidad no lo sabía. Su intención era bajar sólo hasta el primer nivel del cilindro. No le había pasado por la cabeza tomar otro ascensor y penetrar en la nave, en realidad porque no sabía adónde ir.

-Lo más seguro es que vuelva en seguida.

Se encaminó hasta el domo y reclamó la presencia del globo, usando la presión de los dedos en la zona de mandos. Antes de entrar en el ascensor se volvió un momento y saludó a Mary, que estaba quieta muy cerca de las lámparas que ellos distribuyeron horas antes alrededor del vehículo.

* * * *

Lorenzo salió del globo con un nudo en la garganta y apretando muy fuerte la pistola láser. La gran estancia le pareció más vacía que la primera vez que la viese, más opresora. Cuando se atrevió a separarse del ascensor, anduvo hasta la entrada de los habitáculos cerca de los que descubrieran los cadáveres.

Quizá Mary tuvo razón al afirmar que el muste le había dicho que quería retirar los cuerpos de sus hermanos de raza. Allí no había nada. Todo parecía limpio.

Se dirigió hacia las puertas frontales. Alzó la cabeza y estudió el techo, liso y oscuro. Arriba comenzaba cilindro, y recordó que él había atravesado los dos mil metros que tenía de altura sin saber qué había en su interior. Ordo, creyó al menos que lo había hecho, dijo que allí estaban los mandos de la nave, los controles maestros.

De todos los ascensores que podían llevarle a las profundidades, sólo uno mantenía su puerta abierta como invitándole a entrar. Lorenzo lo dudó mucho antes de hacerlo, pero al final se decidió. En su interior, dejó que la abertura se cerrase. Sin tocar nada, el globo se puso en movimiento.

El viaje duró doce segundos primero, luego, cuando parecía que había llegado al final, se reanudó y acabó al cabo de cinco segundos más. Entonces la puerta al abrirse le indicó que podía salir.

Lo hizo, escrutando todo cuanto tenía delante. No se encontraba en la sala de los nichos, sino en otra pequeña donde comenzaban varios corredores estrechos, de apenas dos metros de ancho. En uno de ellos encontró rastros de pisadas, dejadas sobre la suave capa de polvo acumulado en siglos. Encontró entonces a la criatura. Ante su visión, Lorenzo frunció el ceño, ligeramente horrorizado. Lo que fuera, tal vez un nmengroe, era un ser de tronco enorme, casi cilíndrico, con unas piernas ridículamente cortas y dos brazos musculosos y acabados en manos con diez dedos cada una. Lo peor de él era su cabeza, abombada y grande, con facciones brutales, su rostro concentrado en una pequeña parte en donde boca carnosa, nariz aplastada y ojos protuberantes, se ahogaban.

Comprobó que aquella criatura había muerto al recibir un disparo de láser que casi la había cortado por la mitad, desde el hombro derecho a la cintura, una línea roja ya cauterizada. Por su expresión, bestial aunque impávida, podía conjeturarse que había sido sorprendido por la muerte. Quizá cuando montaba guardia.

Pasó por encima del cadáver y se adentró despacio en el corredor, que se

perdía al girar a la izquierda. Dobló el recodo y entonces empezó a escuchar el rumor sordo y profundo que procedía del final todavía lejano del camino.

Lorenzo avanzó con la pistola dispuesta y adelantada, dando cada paso con sigilo y temiendo a cada momento ser agredido por un monstruo oculto.

El ruido aumentaba a medida que seguía adelante; el pasillo daba indicios de acabar pronto, probablemente tras el siguiente recoveco. Lorenzo avanzó más lentamente. Asomó la cabeza. Ahogó un grito de sorpresa y estupor con mucha dificultad. Siguió mirando y contempló la escena que se desarrollaba en una especie de plaza situada a unos tres metros por debajo del nivel del suelo. Era amplia, como de unos cien metros cuadrados, rodeada por unas gradas llenas de ululantes seres, criaturas iguales al cadáver que viera poco antes. En el centro de la arena, por llamarla así, pero de superficie esponjosa, brincaban tres mustes, fustigados por los latigazos de un humanoide ¿un nmengroe?, se preguntó Lorenzo, de enorme corpulencia, soberbio en su total desnudez excepto los correajes que le cruzaban el pecho abombado.

El vocerío aumentó cuando el látigo alcanzó el brazo de un muste. El gigante bramó y tiró del mango. Al instante el miembro del ser delgado y pálido quedó arrancando a la altura del codo.

La multitud se levantó y agitó al aire sus armas, enormes rifles. Vitoreó al monstruo del látigo, quien lo restalló y se giró rápidamente para cortar la retirada, inútil retirada, de los dos mustes supervivientes.

Lorenzo descubrió entonces, tendidos en la arena, rotos, a cinco mustes más. Agonizantes dos de ellos. Cerró los ojos, horrorizado por cuanto veía. Los abrió y calculó que allí debía haber más de mil monstruos. ¿Qué podía hacer él? No le quedaba otra alternativa que retirarse.

Retrocedió un paso y entonces se quedó helado al sentir que una mano le oprimía el hombro. Tensó los músculos y empezó a acariciar con fuerza el gatillo del láser. Iba a volverse, disparando a ciegas, cuando la voz de Ordo le susurró:

-¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te has vuelto loco?

Volteó la cabeza y se enfrentó con la cara hosca de Ordo. El oficial le empujó hacia el pasillo, retirándolo de las proximidades del sangriento circo.

Hasta que recorrieron la mitad del pasillo Lorenzo no vio que un grupo de mustes, exactamente seis, les esperaban junto a la última esquina. Lorenzo parpadeó. Los mustes eran muy parecidos entre sí, pero creyó identificar en el grupo al ser que recriminara a Ordo, culpándolo de las desdichas de su etnia.

-Sólo he podido salvar a estos cinco -dijo Ordo. Resopló y miró hacia atrás con aprensión-. Vamos, no perdamos tiempo. Los encerraban para echarlos al ruedo cuando la mala bestia del líder haya acabado con los desdichados que aún viven.

-¿El líder era el tipo del látigo? -preguntó Lorenzo.

Ordo volvió a empujarle. Los hombres y los mustes corrieron ahora, pasaron junto al cadáver del mnemgroe muerto y Lorenzo preguntó entonces:

-¿.Lo mataste tú?

-Sí. Estaba de guardia. Vamos, no preguntes más ahora. Dios, Lorenzo, ¿por qué has venido?

-Quería saber qué hacías.

-¡Pero has dejado a la chica y a ML solos!

-Ellos están seguros arriba.

Junto al ascensor, Ordo indicó a los mustes que entrasen. Miró a Lorenzo y le dijo:

-El muste entiende la lengua nmengroe y oyó decir a uno que un grupo de esos monstruos había sido enviado por su jefe arriba, para capturar a los humanos recién llegados.

El ascensor se puso en marcha, y su velocidad le pareció ridícula a Lorenzo.

CAPÍTULO VIII

Cuando llegaron al jardín, la gran estrella roja empezaba a surgir por el horizonte y lo teñía todo de escarlata. Lorenzo creyó ver el paisaje de color sangre al descubrir los alrededores del domo lleno de nmengroes. Salió corriendo seguido de Ordo y los dos dispararon sus armas. Los mustes se rezagaron, apartándose sin embargo del domo.

Desde el vehículo disparaba alguien contra los nmengroes más cercanos. Varios de éstos yacían despanzurrados, malheridos varios, pero sin que sus compañeros les prestaran atención.

La llegada de los dos hombres produjo irritación y nerviosismo en los atacantes. No quedaban ya muchos en pie y Lorenzo, serenando sus disparos, apuntó con más cuidado y apretó el gatillo sin cesar, sin importarle el enorme consumo de energía.

Un nmengroe se revolvió y apuntó con su pesado rifle a Lorenzo. Disparó y el capitán retrocedió abrumado por la bola de fuego que eclosionó a menos de dos metros de donde se encontraba. Tosió y se arrastró por la hierba. Le ardía la piel, pero se incorporó y disparó contra el monstruo antes de que disparase de nuevo. Le arrancó la cabeza limpiamente.

Los dos últimos supervivientes nmengroes no huyeron. Emitiendo terroríficos gritos se abalanzaron contra los humanos y éstos los abatieron tranquilamente.

-Creo que hemos llegado a tiempo -sonrió Lorenzo con nerviosismo.

Ordo echó un vistazo para asegurarse que no quedaba un solo nmengroe vivo. Con calma remató a dos que todavía se revolcaban, diciendo a Lorenzo como justificación:

-Ellos no hubieran tenido con nosotros ninguna consideración.

Lorenzo se limitó a asentir, sin hacer comentario alguno.

-¿Por qué no me dijiste que ibas a bajar? -preguntó.

-Tú dormías cuando el muste me despertó y me dijo que quería proponerme un pacto.

-¿Un pacto?

-Sí -asintió Ordo, riendo-. Si le ayudaba a liberar a sus compañeros, a cuantos pudieran ser salvados, él nos apoyaría y olvidaría su acusación hacia... mí.

-No quedan muchos, ¿no? -dijo Lorenzo mirando a los seis humanoídes con pesar.

-Son hermafroditas y ahora procrearán si disponen de tranquilidad. Antes no lo hacían porque su número estaba limitado.

-¿Por quién?

-¡Qué se yo! Es algo que pertenece a sus recuerdos ancestrales, a su extraña religión.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Lorenzo empezando a impacientarse porque los defensores del vehículo no salían.

-Neutralizar a los nmengroes con la ayuda de los mustes.

-¿De dónde salieron?

-Debían yacer hibernados. Por fortuna no despertaron todos. En las entrañas de la nave deben haber más, algunos miles.

Caminaron hasta el vehículo. El viejo salía de él. Llevaba un rifle en las manos y corrió hacia los hombres. Se plantó ante ellos y los miró con resentimiento.

-¿Por qué habéis tardado tanto? -les recriminó.

Lorenzo sintió frío en la espina dorsal y tuvo una premonición horrenda.

-¿Dónde está Mary?

-A ella la sorprendieron -gimió el viejo-, ¡Se la llevaron! Yo no pude hacer otra cosa que defenderme. Quise rescatarla, pero... Vi cómo la hacían entrar en el ascensor del domo y...

Lorenzo recordó el circo sangriento. Lanzó un grito de rabia y echó a correr hacia el domo. Sintió que alguien le agarraba, le hacía volver la cara y luego un puñetazo le dejaba inconsciente.

* * * *

Cuando despertó se dio cuenta en seguida que seguía en el jardín, tumbado boca arriba, con las espaldas en la fina hierba. El gigante rojo seguía ascendiendo hacia el cénit y más allá de la cúpula de energía caía una lluvia fuerte que reanudaba la labor de limpiar el fuselaje de la gran nave.

Lorenzo vio a Ordo sentado frente a él. con los brazos cruzados y mirándole fijamente. A su lado, un muste permanecía con las piernas recogidas, a la usanza árabe. Por sus ropajes chillones lo reconoció como el acusador del oficial.

-Espero que tengas una explicación convincente -dijo Lorenzo acariciándose el mentón, donde había recibido el golpe. Toda la fuerza de

Ordo parecía haberse concentrado en el puñetazo.

-Tengo una y espero que la aceptes -sonrió Ordo. Encendió un cigarrillo y añadió-: Hubiera sido una locura bajar como tontos detrás de Mary. Los nmengroes nos estarían esperando.

-Así es -dijo el muste con voz aguda-. Son astutos. Lo he sabido leyendo sus archivos.

Lorenzo se sentó. Observó, sorprendido, al humanoide.

-¡Vaya! Habla bien nuestro amigo.

-Son muy listos estos tipos, Lorenzo -dijo Ordo-. Fingió no hablar mucho nuestra lengua o la ha aprendido en unas horas. ¡Vete a saber!

-¿Y Mary?

-Calma. Tenemos tiempo todavía.

-¿Tiempo? ¡Estás desvariando! Recuerda el circo. ¿Tolerarás que Mary les sirva de distracción?

-Nada de eso. Chico, has estado durmiendo durante tres horas.

-¿Tanto?

-Mis golpes puedo calibrarlos. Hace un rato recibimos a unos nmengroes parlamentarios. Antes debo decirte que nuestro amigo el muste se llama Oobreke y era una especie de encargado del mantenimiento de la Montaña, cuando disponía de ayudantes suficientes. Creo que él fue quien colaboró con los investigadores terrestres y les puso al tanto de algunos secretos.

-Tanto gusto, señor Oobreke -susurró Lorenzo. Supo que estaba haciendo el ridículo y se contuvo a tiempo de extender su mano al muste.

El humanoide se limitó a asentir con la cabeza. Lorenzo se preguntó si aquellos tipos sabían sonreír, aunque sólo fuera por educación. Se volvió a Ordo y le preguntó si podía darse más prisa con sus explicaciones.

-Debo explicarte antes algunos pormenores -dijo Ordo, agachando la cabeza y empezando a juguetear con unas briznas de hierba-. Poco antes de que el Polifemo despegara de Ruskana, de esta nave anclada, yo curioseé por debajo de este jardín. Encontré el modo de llegar al control maestro, cuando hasta entonces los mustes sólo nos habían permitido manipular someramente en las extensiones, tal como ves una a poca distancia de nosotros. Efectivamente, creo que yo fui el causante de que unos cientos de nmengroes salieran de su estado de hibernación. Antes de que ellos hicieran acto de presencia, Logan ordenó que partiéramos. Todo me lo ha contado Oobreke. Durante algún tiempo intentaron que los nmengroes no llegaran hasta ellos, pero al final salieron de la nave y bajaron las laderas, para combatir a las otras razas, obligándolas a huir. Por eso no vimos a ninguna y los poblados estaban vacíos. Desde el cilindro, los mustes intentaron contener el regreso de la horda nmengroe haciendo llover copiosamente. Pero esos monstruos alcanzaron la planicie y entraron en el recinto, logrando detener un ascensor antes de que los mustes lo reclamaran. Una vez en el nivel donde los compañeros de Oobrete tenían sus moradas, se desató la matanza. Esto sucedió hace pocos días. Un poco más y habríamos llegado nosotros para

ayudar a los mustes, pero éstos no consiguieron detener la invasión.

-¿Por qué no se defendieron?

-No tenían armas.

-Tampoco estamos condicionados para usarlas -añadió lúgubremente Oobreke.

Lorenzo se encogió de hombros. No quiso perder el tiempo preguntando al humanoide qué clase de religión estúpida les impedía defender sus vidas.

-¿Qué contiene exactamente esta nave, Ordo?

-Ni siquiera lo saben los mustes. Lorenzo, hace miles de años una extraña raza se dedicó a capturar especímenes de diversos mundos y los hibernó. Ya viste las Muestras. Es imposible averiguar en qué lugar de la nave se encuentran los depósitos. Lo cierto es que yo pulsé un mando y despertaron centenares de nmengroes. Cuando los mustes se dieron cuenta, el Polifemo estaba lejos, pero ellos quisieron vengarse del acto cometido por uno de nosotros y usaron una proyección radiomagnética que alteró nuestra nave cuando se hallaba a punto de entrar en el hiperespacio.

-¿Ellos mataron a Logan y a los demás? -preguntó Lorenzo señalando acusadoramente al muste.

-No estoy seguro. Oobreke reconoce que sí, pero yo sigo pensando que el agujero negro tiene algo que ver con las naves cuando éstas lo atraviesan por segunda vez.

-El hombre Ordo y yo hemos llegado a un pacto -dijo Oobreke.

-Así es -admitió Ordo-. Él y los supervivientes están dispuestos a olvidar mi error si nosotros los disculpamos, en el caso de que tuvieran algo que ver con el accidente del Polifemo. Además, nos ayudarán sin condiciones.

-¿A rescatar a Mary?

-A lo que sea. Sólo nos pide que colaboremos con ellos para reducir a los nmengroes y a poner esta nave en el espacio.

-Es lo que queremos, ¿no?

-Sí, sí. Pero si nosotros no queremos viajar en la Montaña, nos darán una nave, pequeña según ellos, que mide cien metros de eslora.

-¿Dónde está esa nave?

-En un nivel que ellos conocen. Pero sólo podrá salir estando la Montaña lejos de Ruskana.

A Lorenzo empezó a dolerle la cabeza.

-Ahora dime lo que querían los nmengroes parlamentarios -pidió.

Ordo se alzó de hombros, arrojó la colilla y encendió otro cigarrillo. Lorenzo comprendió que se hallaba muy preocupado, pero al menos el brillo de culpa que había visto anteriormente en sus ojos había desaparecido. Tal vez se encontraba más relajado después de haber confesado su culpa.

-Los nmengroes son unos bárbaros pero nada tontos. Sus mentes preparadas para los salvajismos y la guerra, han comprendido en parte la situación.

-¿Qué quieren?

-Que el resto de sus compañeros sean despertados -Ordo soltó una risita, que Lorenzo encontró inadecuada, al menos entonces-. Resulta que sólo han despertado los machos. Las hembras siguen hibernadas. Por lo visto se aburren, quieren compañía. Saben que los mustes, Oobreke exactamente, puede sacarlas del sueño de hielo. Mataron a muchos mustes para que confesaran. Lo que vimos en el circo era el potro de tortura; pero ninguno hablaba porque en realidad nada sabían. Los menos fuertes admitieron que Oobreke era el único poseedor de la ciencia para devolverles sus hembras.

-Ahora comprendo tu tranquilidad ante la suerte de Mary -murmuró Lorenzo. Vio salir al viejo del vehículo y encaminarse hacia ellos.

-No le tocarán un solo cabello mientras dure la tregua. Nos han dado cinco horas para pensarlo.

-Pero si accedemos, esto se llenará de monstruos y estaremos perdidos. ¡Vaya problema!

-Si, es difícil la solución. Si pedimos a Oobreke que libere a los demás nmengroes, lo hará. Ha dado su palabra. Pero entonces, tarde o temprano, todos caeremos bajo sus garras, excepto si llevamos la Montaña al espacio y escapamos todos en la nave que Oobreke sabe dónde está.

-Es fácil entonces. Que se vengan ellos con nosotros. Dejaremos a esos diablos aquí, vagando por el espacio.

-Los mustes no podemos abandonar la Montaña -dijo Oobreke-, Mis antepasados recibieron órdenes precisas de nuestros dioses.

Lorenzo entornó los ojos. Ocurría a menudo en la galaxia que seres muy avanzados fueran tomados por dioses a su llegada a planetas donde los primates se hallaban en los albores de su civilización. Con los mustes volvía a ocurrir el tópico.

Miró más allá de la cúpula de energía. Intentó calcular dónde estaría la estrella roja cuando hubieran pensado cinco horas.

-Todavía nos queda tiempo para pensar dónde está el camino de en medio que debemos tomar para buscar una solución adecuada.

-¿A qué te refieres? -preguntó Ordo al capitán.

-Que pensemos, por Dios. ¿Para qué tenemos cerebro? -Lorenzo se movió y quedó sentado frente al muste-. Tú, chico pálido, vas a contarme muchas cosas. Quiero saber dónde está el circo, en qué nivel se mueven los nemngroes. Necesito saber para pensar, conocer el ambiente donde vamos a movernos para acabar con los nmengroes sin poner en peligro ia seguridad de Mary y, si es posible, nuestras vidas.

El muste formó con su cara estrecha una expresión que podía significar que le sorprendían los requerimientos del humano.

-Sí, Oobreke -dijo Ordo-. A veces este idiota tiene buenas ideas. Vamos, contesta a todo cuanto te pregunte.

-Está bien, hombre Lorenzo -dijo el muste-, ¿Qué deseas?

CAPÍTULO IX

Tras el interrogatorio al muste, Lorenzo pensó que antes de volver a pasar por una experiencia semejante, prefería cortarse un dedo. El humanoide había respondido casi con monosílabos a sus preguntas. Al principio creyó que la causa era el poco conocimiento del idioma, pero Ordo le aclaró que aquélla era la manera de dialogar con él.

El muste quiso saber si deseaba algo más y al responderle Lorenzo que no, se levantó muy digno y fue a reunirse con sus cinco compañeros que le aguardaban unos metros más lejos, sentados debajo de las sombras de unos árboles enanos, de los cuales tomaban frutos que comían con lentitud exasperante.

El viejo preguntó ansiosamente a Lorenzo:

-¿Qué has sacado en claro?

-Un dolor de cabeza- se quejó el capitán.

-Eso nos servirá de poco para salvar a Mary -apuntó Ordo.

-No bromees. ¿Crees que los nmengroes respetarán la tregua?

-Si temes que nos ataquen por sorpresa, puedes estar tranquilo. Son primitivos y creo que poseen unas rígidas leyes respecto a sus enemigos, nosotros lo somos. Nos teman o no, nos consideran sus contrincantes y mantendrán sus costumbres.

-Creo que Oobreke debe llevarnos al control central. Sus explicaciones no han sido muy claras.

Ordo se levantó.

-Se lo pediré -dijo. Llamó al muste y le comunicó el deseo de Lorenzo.

Oobreke pensó bastante la respuesta. Dijo al final:

-Seguidme -añadió mirando a Medio Litro-: Todos.

En el jardín quedaron los cinco compañeros del muste. La comitiva, portando los humanos cuantas armas disponían, se dirigió al domo. Lorenzo

pensó que iban a usar el ascensor, pero se equivocó, porque Oobreke tocó otro mando digital y una puerta triangular se formó a pocos metros de la entrada del globo. Allí no había sino un túnel descendente. Lorenzo sintió una fuerte presión de aire y empezó a caer despacio. Escuchó que ML gritaba asustado detrás de ellos.

El tobogán neumático les condujo hasta una estancia en forma de medio círculo. Si habían creído que iban a enfrentarse con complicados sistemas, paneles inextricables, sólo vieron, el capitán y el viejo, unas mesas circulares distribuidas a lo largo de la pared curvada.

Ordo jadeó:

-Encontré el camino por casualidad. Ojalá no lo hubiera hecho.

-Ahora es tarde para arrepentirse, hombre Ordo -dijo el muste. Miró a Lorenzo-. Ya estás aquí. ¿Qué quieres saber, hombre Lorenzo?

-Mi amigo tocó un mando y los nmengroes despertaron. ¿Cuál fue ese mando?

El muste señaló la segunda mesa.

-Ahí.

-Tal vez -dijo Ordo-. Ya no me acuerdo. Apenas estuve unos minutos. En seguida me arrepentí, aunque entonces no pude calcular las consecuencias de mi torpeza, y me marché.

Lorenzo se inclinó sobre la mesa. Había cientos de puntos que brillaban tenuemente. Cinco de ellos permanecían apagados. Encontró uno de color ámbar que se correspondía con otro situado al lado que tenía una luz vivida. Sonrió.

-El punto ámbar apagado es el que pulsó Ordo, ¿no? El otro del mismo color con luz debe ser el que pondría fuera del sueño hibernado a los demás nmengroes. ¿Me equivoco, Oobreke?

-Eres inteligente, hombre Lorenzo. Así es.

-¿Por qué usan los nmengroes esa especie de circo romano?

El muste no le entendió y Lorenzo le explicó lo que fue en la vieja Tierra los circos del Imperio de Roma.

-El símil es aceptable -dijo Oobreke-, En la Tierra se construyeron para teñirlos de sangre, pero aquí los nmengroes se sirvieron del convertidor para divertirse con mis hermanos, hasta matarlos.

-¿Convertidor? ¿El circo es un convertidor? ¿Qué uso tiene? ¿Dónde está?

-En el décimo nivel, el mismo que usan los nmengroes para vivir. Ellos son supersticiosos y no bajan a los otros. Sus impulsos son de subir, y vivirían al aire libre si el deseo de recuperar a sus hembras no se lo impidiera. Es mejor así.

-No me has dicho qué utilidad tiene el convertidor -recordó Lorenzo con paciencia.

-El techo del circo encaja perfectamente en el círculo.

-¿Una trituradora? ¿Para qué?

-Lo ignoro. Los constructores de la Montaña no nos lo dijeron cuando

partieron, dejándonos al cuidado de todo.

Lorenzo aspiró aire. Algún día preguntaría por qué se marcharon los dueños de la gigantesca nave, cuándo ocurrió esto y qué aspecto tenían.

-¿Cuál mesa puede poner en funcionamiento la prensa?

Lorenzo cometió el error de pronunciar una palabra que el escaso conocimiento del muste ignoraba. Le explicó lo que era una prensa.

-¿Qué pretenderían triturar esa gente con una prensa de cien metros de diámetro? -murmuró el viejo rascándose la cabeza.

-No lo sabremos fácilmente -sonrió Lorenzo-. Pero te aseguro, viejo, que nosotros sí vamos a darle un cometido muy importante.

Ordo miró al capitán. Al principio no le comprendió, pero acabó soltado una carcajada, ante el asombro del viejo, a quien tuvieron que explicarle parte del nebuloso proyecto de Lorenzo.

* * * *

-Algún dios sabrá cuánto tiempo lleva aquí varada esta nave. Eso será difícil averiguarlo; pero creo que si perseveramos lograríamos saber qué clase de energía la mantiene con vida después de tantos siglos -murmuró Lorenzo-. Sólo con el secreto de la fuente energética bastaría para hacer ricos a miles de personas.

Se volvió y miró a Ordo, apostado al otro lado del pasillo. Lorenzo tomó el comunicador que le entregara Mary. Sonrió con pesar. ¿Por qué ella no usó el que tenía cuando la atacaron los nmengroes? Se lo había dado a él para que pudiera pedir ayuda, cuando en realidad era la chica quien la necesitó. Y nadie pudo socorrerla.

Desde su puesto, Ordo le hizo la señal para indicarle que todo estaba dispuesto. Según lo previsto, Medio Litro vigilaría el acceso al ascensor del cilindro y Oobreke y los otros mustes cuidarían de las operaciones a distancia desde el control central.

Mientras dejaba transcurrir los minutos, Lorenzo se distrajo manipulando en el comunicador. De pronto logró captar unos silbidos cortos, con largos espacios de silencio. Arrugó el ceño, pensando que podía tratarse del comunicador de Mary. Tal vez ella no tuviese oportunidad de llamarle, pero sí debía haberlo dejado abierto y la débil señal, por el momento, podía ayudarle a encontrarla.

El viejo se quedó de guardia en el nivel residencial de los mustes a regañadientes, alegando que le gustaba la acción y prefería acompañarles. Sin embargo, Lorenzo sabía que a Medio Litro le aterraba la idea de permanecer solo, aunque estuviera bien escondido y protegido. Desde su posición podía abatir a cualquier nmengroe que asomase su fea cabeza.

Dedicó una imprecación al anciano borrachín, al recordar que éste, poco antes de que él y Ordo bajasen al nivel donde estaba el circo, manifestó su temor de que Mary fuera violada por sus raptores. Lorenzo le hubiera dado

una bofetada entonces, pero decidió reírse del temor de ML. Para los nmengroes Mary podía ser tan atractiva como una hiena para un hombre. Los monstruos podían estar necesitados de sus hembras, pero de ninguna manera a alguno se le ocurriría aparearse con una mujer. Al menos, para no volverse loco, decidió creerlo.

Ordo le sacó de sus pensamientos cuando le avisó:

-Se acercan los parlamentarios.

Después de salir del ascensor, como no sabían desde cuál pasillo podían llegar los nmengroes, cada uno se dedicó a vigilar a dos de ellos. Los monstruos se acercaban por el mismo que él utilizara la primera vez para llegar hasta el circo. Al parecer no había otro camino.

Se reunió con Ordo, los dos dispusieron sus armas y esperaron. Tres nmengroes caminaban hasta ellos. Aparentamente no iban armados, a no ser que ocultasen pistolas en las espaldas. Sus indumentarias, limitadas a los correajes, no podían ocultar mucho. Lorenzo sonrió para sí, pensando que aquellas criaturas respetaban las condiciones del pacto de no presentarse con sus grandes rifles, mientras que ellos lo vulneraban al no haber dejado atrás sus lasers.

Ordo tomó su comunicador y dijo:

-Oobreke, ya están aquí. ¿Puedes verlos?

-Sí -replicó el humanoide.

Sobre el pecho de Ordo había un objetivo de televisión que transmitía al control central las imágenes que él mismo podía ver. Oobreke, cómodamente, lo presenciaría todo, además de dialogar con el jefe de los nmengroes.

Los tres monstruos se detuvieron y miraron por encima de los terrestres, como si esperasen que hubiera alguien más.

-Te buscan a ti, Oobreke -le previno Ordo.

-Seres nmengroes -dijo la voz del muste por el transmisor-, los humanos serán mis representantes y yo hablaré con vuestro jefe a través de ellos.

Las tres enormes criaturas se miraron entre sí. Intercambiaron gruñidos y una de ellas, quizá la más sagaz, asintió, admitiendo la intervención a distancia del muste en el diálogo con su jefe.

La comitiva, precedida por el trío de nmengroes y seguida a prudencial distancia por los dos humanos, caminó por el pasillo. Lorenzo se alegró de no encontrar el cadáver que viese el día anterior.

-Pregúntales dónde está la chica -pidió Lorenzo acercándose al transmisor a Oobreke.

-Ten paciencia, humano -contestó el muste.

-Si, hombre. Cálmate. Mary estará perfectamente. La verás en seguida -añadió Ordo.

El pasillo terminó y Lorenzo sintió que su corazón galopaba al acercarse al circo. Junto con Ordo, se detuvo al borde de la grada que lo rodeaba. Los cientos de nmengroes se agrupaban en el centro y en las escalinatas frontales. Era una masa oscura y amenazadora. Delante de todos, un ser más grande que

los demás, sin duda el jefe, se alzaba imponente en su desnudez, brillantes las correas que cruzaban su pecho de titán. Llevaba un rifle sujeto a las espaldas y movía suavemente los brazos largos y musculosos. Los tres parlamentarios corrieron hacia él y se inclinaron sumisamente. Uno le habló en el lenguaje de los gruñidos y debió ponerle al tanto del encuentro con los humanos y la ausencia del muste Oobreke.

El jefe soltó una sarta de bramidos que debían ser imprecaciones y se acercó a los dos hombres. Desde el piso del circo alzó la cabeza y los miró desafiante, los ojos inyectados en sangre.

-Está algo furioso por mi ausencia -les explicó Oobreke.

-Vamos, pídele que nos muestre al menos a Mary -rogó Lorenzo.

La voz del muste aumentó de volumen y emitió unos sonidos guturales. Era evidente que le costaba cierto esfuerzo modular tan desagradables vocablos.

El jefe nmengroe se volvió y ladró algo a sus soldados. Se produjo un revuelo en las filas de éstos, se abrió un pasillo y Lorenzo brincó de alegría al ver aparecer a Mary, intacta a primera vista. La chica tenía atadas las manos y el extremo de la cuerda la llevaba un nmengroe, quien hizo que se detuviera apenas llegó a la altura del líder.

-Dice que él está dispuesto a cumplir con lo pactado -explicó Oobreke, traduciendo las manifestaciones del jefe, todo él muy alterado-. Ahora somos nosotros quienes debemos llevar a cabo nuestra parte.

-¿Tienes prevista la proyección del exterior? -preguntó Ordo.

-Sí -contestó Oobreke-, Enviaré una copia holográfica de lo que estamos presenciando desde el control central.

El muste pidió un poco de calma al jefe nmengroe y añadió que los humanos y él habían llegado al acuerdo de sugerirles que debían recluirse en un nivel profundo, en donde no les faltarían alimentos y diversión entre ellos, acompañados de sus hembras, si les prometían dejarlos en paz y jamás abandonar el lugar indicado.

El jefe de las criaturas escuchó en silencio. Detrás de él se produjo un murmullo ronco. Los guerreros debían estar asombrados del desparpajo con que era tratado su máximo representante.

-Está enfureciéndolo -musitó Lorenzo al oído de Ordo-, ¿Por qué no se deja de zarandajas y actúa? Ahora están en el lugar idóneo.

El capitán alzó levemente la mirada y se fijó en el techo. Estaba construido de forma que encajase perfectamente sobre el piso del circo y las paredes escalonadas, que los nmengroes usaban como asientos para contemplar sus diversiones sangrientas. Pero Oobreke parecía no estar dispuesto a saltarse el programa establecido y envió las imágenes holográficas.

Los nmengroes lanzaron exclamaciones de asombro cuando delante de ellos, a media distancia de su jefe y los humanos apostados sobre el circo, se formó una nube blanquecina que en seguida cobró nitidez y todos pudieron ver que reproducía una gran parte de la Montaña, como vista desde el jardín

situado arriba del cilindro, pero notablemente ampliada.

La Montaña, la nave semienterrada, se movía. Ellos no podían percibir nada, pero la colosal estructura que había yacido en el planeta Ruskana por siglos o milenios, se alzaba con pereza y, sin embargo, con decisión.

En el exterior, pensó Lorenzo, la tierra debía rugir al sentir que se le escapaba la presa que ya creía poseer para siempre. Miles de toneladas de restos, de arena húmeda y arbustos, se deslizaron por la superficie quebrada y metálica, bajando hacia el sur y precipitándose por los lados, por el norte, por la planicie donde se levantaba el cilindro. Tres kilómetros de nave enterrada fueron alzándose con esfuerzo de su tumba. Rocas y tierra, miles de toneladas, se agitaron al ser removidas.

La superficie continental fue alejándose de ellos. La imagen holográfica disminuyó la ampliación y pudieron apreciar que la Montaña, ahora nave rumbo a las estrellas, proyectaba una gigantesca sombra que cubría ya el cráter dejado por su marcha, sobre el que seguía arrojando una lluvia de basura, toneladas de agua que las últimas lluvias habían precipitado sobre sus hoquedades.

Lorenzo pensó que fuera, el ruido debía ser ensordecedor. Se imaginó que mil veces la furia de un volcán en erupción no podía igualar el sonido de la nave de miles de kilómetros cuadrados de superficie al elevarse a razón de cientos de metros por minuto.

La velocidad de la Montaña fue creciendo a medida que transcurrían los minutos, a la vez que vencía la gravedad del planeta. Pero su fuerza encerrada en lo ignoto de sus entrañas era poderosa, y a Lorenzo no le quedó la menor duda de que nada podía derrotarla. La nave acabaría venciendo y retornaría a su auténtico entorno, al espacio estelar.

Lorenzo no fue capaz de adivinar si los nmengroas acabarían comprendiendo lo que sucedía, pero sí pasaba que éstos se mostraban despavoridos. Temió que terminaran enloquecidos y decidió no esperar más.

Saltó al fondo del circo y corrió hacia Mary. Pasó muy cerca del jefe nmengroe, muy ocupado por seguir las incidencias de la partida de la Montaña, y amagó al ser que mantenía sujeta la cuerda, quien debía hallarse tan turbado que no opuso la menor resistencia a que le fuera arrebatada la prisionera.

Mary quiso echarle los brazos al cuello y Lorenzo la besó una sola vez, pidiéndole:

-Ea, ya está bien. Recuerda tus zalamerías para cuando estemos tranquilos y solos.

La llevó hasta los peldaños, que ya no le parecían tales, y la empujó hacia arriba. Se volvió y comprobó con desolación que el pavor o sorpresa en los nmengroes estaba esfumándose. El jefe fue el primero en reaccionar. Empuñó su gran rifle, lo blandió como estandarte de ataque y gritó unas órdenes.

Lorenzo llegó junto a Ordo a tiempo para escuchar la traducción de Oobreke, quien imperturbable les participó de las maldiciones del líder

guerrero:

-Muerte a los malditos embusteros de piel rosada, muerte al mentiroso muste. ¡Muerte lenta a todos!

-No seas tan explícito, condenación -masculló Lorenzo, entregando un arma a Mary después de liberarla totalmente de los restos de cuerda que sujetaban sus muñecas-. Puedo imaginarme lo que harán con nosotros si nos atrapan. ¿Por qué no les aplana un poco las malas ideas?

Hincó rodilla en tierra y se echó a la cara el rifle. Apuntó cuidadosamente contra el jefe de los monstruos, pensando que si éste caía sus huestes no se mostrarían tan furiosas. Pero cuando apretó el gatillo Un nmengroe se interpuso y el cuerpo del tipo entrometido recibió el trazo lacerante del láser.

El resto de la masa oscura y salvaje echó a correr hacia ellos y los tres humanos dispararon a discreción, mientras retrocedían de espaldas al pasillo.

La representación holográfica de la espectacular partida fue atravesada por docenas de seres furiosos, y como si la violación fuera el aviso para que diese fin a la sesión, la masa de la Montaña se esfumó junto con la superficie del planeta que iba quedando atrás.

-¡A ver si ahora te ocupas de tus obligaciones, amigo Oobreke! -gritó Ordo.

-Querida, será mejor que te tapes los ojos -aconsejó Lorenzo-. Lo que vas a ver no será agradable, a no ser que disfrutes viendo pulpa de nmengroe.

El capitán apenas la escuchó alegar que no era una timorata. Estaba pensando que ahora los nmengroes se encontraban en una posición idónea para recibir unas miles de toneladas, el techo caerles con la velocidad del relámpago sobre sus feas cabezas.

Pero Lorenzo emitió un gemido al ver que el disco pegado al techo iniciaba un descenso lento, exasperantemente lento, acompañado de chirridos, como de máquina perezosa, resistiéndose a ponerse en actividad después de tanto tiempo paralizada.

-¡Mierda! -gritó Ordo al comprender que los nmengroes iban a tener tiempo sobrado de salir de la trampa.

-Oobreke... ¡eres un cabrón! -masculló Lorenzo.

La chica lanzó una ráfaga larga contra los monstruos más próximos y les recriminó:

-Conservad vuestras energías. ¡Y disparad!

Lorenzo lo hizo, mordiéndose los labios, rabioso. De reojo contempló cómo el techo seguía su lenta bajada. Todo se había ido al infierno.

CAPÍTULO X

La huida por el pasillo resultó angustiosa. A cada pocos pasos tenían que detenerse para mantener a raya a los nmengroes. Aquellos seres enloquecidos usaban poco sus armas, para suerte de los humanos, que se limitaban a pegarse a las paredes y a correr cuando la avalancha remitía algo de su ímpetu.

Salieron a la sala donde terminaban los cuatro pasillos y se dirigieron al ascensor de espaldas, con la mirada puesta por donde los nmengroes podían surgir como un torrente de un momento a otro.

-Tal vez no podamos entrar todos -dijo Ordo.

-Marchaos vosotros -dijo Lorenzo-, Me quedaré a cubriros la retirada.

-¡No te hagas el héroe, cariño! -dijo Mary, irónica-. Faltaría más. Yo me quedo si tú te quedas.

-Amigos humanos, permitidme que os aconseje -intervino Oobreke suavemente por el transmisor.

-Ah, nuestro ingenioso muste -exclamó Lorenzo-. ¿Qué demonios ha pasado con la apisonadora? No acabará de caer hasta dentro de un siglo.

-Debimos suponer, amigos humanos, que para aplastar una materia inerte no había prisa. No era cuestión de cogerla por sorpresa.

Lorenzo, pese a las circunstancias, tuvo que parpadear. El maldito muste avanzaba a pasos agigantados en el conocimiento del idioma de la Tierra, y, para colmo, se permitía el lujo de bromear.

-Di lo que sea, palo seco y blanco -dijo impaciente.

-He analizado algunos diagramas del nivel donde estáis y sería beneficioso para vosotros que entréis en el pasillo de la derecha, según lo podéis mirar. Los nmengroes pensarán que os largáis en el ascensor y tomarán otro para seguiros.

-¡Vaya plan! -dijo Ordo-. El viejo está arriba y lo pasará mal.

-Desconfiados terrestres -suspiró Oobreke-. Al final del pasillo que os indico hay otro ascensor. Llegaréis antes que la horda si no perdéis tiempo, y podréis ayudar al anciano humano,

-¿Dónde estamos ahora? Quiero decir la Montaña.

-El despegue ha entrañado algunas dificultades, pero todo salió bien. Nos encontramos a cien mil kilómetros de Ruskana.

-¿Este trasto puede viajar por el hiperespacio? -preguntó Lorenzo.

-La pregunta ofende, humano. Pero no será aconsejable hacerlo en algún tiempo, al menos hasta que nos hayamos familiarizado con los mandos y, por supuesto, después de saber cuál podría ser nuestro primer destino.

-Es obvio -admitió Lorenzo. Pareció despertar y señaló el pasillo aconsejado por Oobreke-. Vamos, tal vez nuestro amigo cara pálida no sea tan tonto y acierte esta vez plenamente.

Entraron en el pasillo de la derecha y desde allí vieron cómo los primeros nmengroes irrumpían en la sala, y rugiendo se precipitaban sobre el ascensor. Tan ofuscados estaban, que lo reclamaban sin darse cuenta de que se encontraba al otro lado de la puerta roja.

Los tres humanos corrieron cuanto pudieron por el pasillo y sólo cuando se toparon con otro globo respiraron tranquilos. Entraron y Ordo lo puso inmediatamente en marcha. Recargaron las armas y entonces cundió entre ellos cierta alarma, al querer saber Mary si iban a aparecer en el nivel residencial de los mustes.

-Esperemos que sí -dijo Lorenzo, pensando que el viejo pronto iba a encontrarse muy mal acompañado por los furiosos nmengroes.

Se detuvo el globo y todos se precipitaron al exterior. La chica lanzó un profundo suspiro al ver que habían llegado antes que la horda. Lorenzo descubrió al viejo pasear delante del ascensor que conducía al jardín a través del cilindro. Le gritó para tranquilizarle con su presencia.

-Gracias, Oobreke -dijo Ordo-, Esta vez te has portado bien.

No obtuvo respuesta y arrugó el ceño. ¿Qué le pasaba al muste?

El viejo corrió hacia ellos y casi se le saltaron las lágrimas.

-Necesito un trago -murmuró-. ¡Lo necesito como el respirar!

Lorenzo pensó que él también bebería con gana un buen vaso de aguardiente, pero acalló su deseo y palmeó la espalda de su viejo amigo.

Se hallaban a medio camino del globo cuando las puertas de los ascensores del fondo se abrieron y aparecieron los monstruos. Los humanos echaron a correr y Ordo gritó que el globo no se encontraba allí. Tenían cortada la huida hacia el exterior.

-Demonios -dijo él viejo-. Hace un momento estaba ahí.

-¡Pues ya no está! -vociferó Ordo.

Los nmengroes formaban una muralla de cuerpos oscuros y armas, con su líder al frente. Avanzaban despació, como si hubieran comprendido que tenían a su alcance a los humanos.

-Estamos muy lejos de los habitáculos mustes para llegar a ellos y buscar

refugio -dijo Lorenzo-, Sólo podemos disparar y disparar hasta que...

No pudo seguir. ¿Para qué decir lo que iba a sucederles a continuación? Todos podían imaginárselo.

El líder nmengroe empezó a hablarles, pero ni siquiera tenían la posibilidad de entenderle, porque Oobreke no parecía hallarse presente para servirles de intérprete.

-Yo diría que esa bestia está conminándonos a que nos rindamos -apuntó el viejo.

-Es posible, pero yo no pienso hacerlo -afirmó Ordo.

El jefe de la horda alzó sus brazos y agitó el rifle enorme, que para él parecía pesar apenas. Todos comprendieron que iba a dar la orden de ataque. El ataque final.

Entonces ocurrió lo inesperado. El globo apareció en su receptáculo y el gesto amenazador del líder nmengroe quedó detenido. Los humanoides se encogieron y a Lorenzo le pareció que incluso retrocedieron un paso. Del recién llegado ascensor salió Oobreke. En lugar de la habitual túnica roja vestía otra de brillante color dorado, deslumbrante. Con decisión, Oobreke caminó, ignorando al grupo de humanos, hacia los nmengroes. Se detuvo a poca distancia del líder y empezó a hablarle por medio de los chirridos y gruñidos. El tono de voz del muste creció en volumen y violencia por momentos, y al mismo tiempo el líder que tenía enfrente se agachaba más, perdida ya su belicosidad por completo.

-¿Qué demonios les estará diciendo? -susurró el viejo, que se había quedado con la boca abierta.

No menos sorprendidos estaban los demás.

El jefe de los monstruos apenas se atrevió a replicar con cortos ronquidos, que Oobreke atajó con firmeza. De pronto, todos los nmengroes, más apabullados que nunca, fueron retrocediendo a los ascensores. Bastantes de ellos empezaron a gimotear, lanzando ayes lastimosos, actitud que acabó por dejar más perplejos a los cuatro amigos.

Cuando no quedó ningún nmengroe en la sala, el muste se volvió hacia los humanos y les dijo suavemente, antes de dirigirse hacia el globo:

-Amigos humanos, ya podemos marcharnos.

Le siguieron en silencio, con respeto.

Todos dentro, el globo, a un gesto de Oobreke, se puso en marcha. Sólo entonces se convencieron de que habían salvado la vida.

* * * *

El espectáculo del espacio visto desde el jardín dejó embobados a todos, sobre todo a Mary, quien pareció demostrar más sensibilidad que los hombres. Estuvo largo rato en silencio, tendida en el césped boca arriba, con las manos detrás de la cabeza.

Medio Litro preparó comida y Mary dejó la contemplación de las estrellas

para ayudarle. Pero el viejo se esmeró en aquella ocasión y los guisos sorprendieron a todos. Estaban realmente sabrosos.

Los mustes no participaron en la pitanza, pero esperaron pacientemente a que los humanos satisfacieran su sed y su apetito.

Después de encender unos cigarrillos, Ordo preguntó a Oobreke:

-Me muero de curiosidad por saber qué ardid has usado para amedrantar a esas bestias.

El muste dibujó con sus delgados labios una tímida sonrisa, la primera que veían los terrestres. Atrás, sus compañeros se movieron con ademanes divertidos. De repente, a aquellos humanoides se les había despertado un curioso sentido del humor.

-Cuando me dejasteis solo en el control central tuve tiempo, aunque poco, para hacer unas averiguaciones en determinada consola, precisamente en la misma desde la que se controlan a las diversas razas que alberga esta nave.

-Deben ser muchas las representaciones que llevamos a bordo, ¿no?

-Bastantes -admitió el muste-. Revisé los archivos y encontré algo que decidí poner en práctica si vosotros os metíais en dificultades, como así fue.

-Nos hiciste pasar un mal rato -se lamentó el viejo.

-Lo siento, pero tenía que asegurarme. Me cambié de ropas por otras que pensé debían intimidar más a los nmengroes, para que mis amenazas fueran más convincentes.

-Sí, tus palabras sonaron a un ultimátum, pero ¿qué les dijiste?

El muste acentuó su sonrisa torpe y dijo antes de retirarse en unión de sus compañeros:

-Toda fiera salvaje teme a alguna más poderosa que ella. Me limité a amenazar a los nmengroes con soltar a ciertos seres, de su mismo mundo de origen, por los cuales sienten un pavor enorme. Ahora, humanos, mis hermanos y yo debemos retirarnos y descansar.

Vieron alejarse al grupo, perderse entre los arbustos. Los humanos se miraron entre sí. Estuvieron en silenció un rato, hasta que Lorenzo lo rompió, diciendo:

-¿Confiáis que los nmengroes se mantendrán lejos de nosotros?

-Oobreke parece muy seguro -dijo Ordo-, Dios, me pregunto qué aspecto tendrán esos seres y lo salvajes que serán para asustar a tipos como los nmengroes.

-Mejor es que no lo averigüemos nunca -pidió el viejo, ahogando un bostezo-. Creo que me retiraré a descansar. Mis pobres huesos ya no aguantan tanto.

Ordo miró de soslayo a la pareja, que permanecía sentada, muy junta.

-Yo también os dejaré. Creo que vosotros dos tenéis que deciros muchas cosas. Ah, Lorenzo, recuérdame que dentro de unas horas debemos decidir si marchamos en la nave que nos prometió Oobreke o continuamos a bordo de la Montaña.

-Tenemos tiempo para decidirlo, ¿no?

-Tienes razón. No nos tomemos las cosas con prisa.

Se alejó silbando una vieja canción portuaria.

Lorenzo se volvió y miró a Mary a los ojos.

-¿Qué opinas tú?

-¿Respesto a qué?

-Lo sabes muy bien. ¿Nos largamos con la nave pequeña que debe estar en algún hangar?

-¿No te seduce la idea de pasar unos meses investigando? Ahora los mustes parecen más dispuestos a colaborar con nosotros. Creo que ellos también están interesados en indagar en los secretos de este trasto, saber de dónde procedían sus antepasados y qué esperaban los constructores de la Montaña de ellos, de todas las representaciones de las razas que se esconden hibernadas.

El capitán arrugó el ceño.

-En la primera ocasión preguntaré a Oobreke si también están hibernados semejantes nuestros.

Ella le echó los brazos al cuello y le obligó a acercarse más. Melosamente, le dijo:

-¿Por qué no te olvidas de todo? ¿Sabes? Estoy impaciente...

-¿Impaciente?

-Sí. Deseo saber si tu fama entre las chicas de los astropuertos está justificada o no.

-¿Tú qué crees?

-Sácame de dudas, cariño. Cerca del borde del jardin hay un lugar maravilloso, de suave hierba. Allí nadie nos molestará.

-¿Qué esperas para indicarme tu paraíso particular?

FIN